

# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — TOMO XXXVII.

ÉDITEURS-PROPRIÉTAIRES: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 30. — N° 950.

Administración general, passage Saunier, numero 4, en Paris.

## SUMARIO.

**Donativos patrióticos de la Inglaterra á la Francia;** grabado. — **Episodio histórico. — Una historia del siglo XVII. — Saint-Cloud;** grabados. — **La liga anti-prusiana;** grabado. — **Revista de Paris. — Poesía. — Escenas de la vida inglesa. — De los diferentes modos de cubrirse la cabeza en el año 1871, por Bertall;** grabados. — **Una expedición á San Miguel del Fay. — Ricord y Demarquay;** grabados. — **Saqueo de las cercanías de Paris;** grabado. — **Una batería prusiana en Chatillon;** grabado. — **Bernabé Rudge. — Guardia nacional de centinela en el Louvre;** grabado.

## Donativos patrióticos

DE LA INGLATERRA Á LA FRANCIA.

Los ingleses, que son hombres prácticos, saben acudir á lo mas urgente. Al fin del sitio procuraron mandarnos cuanto antes lo que nos faltaba entonces, que era el pan cotidiano.

Nada mas tenemos que decir sobre aquel abundante reparto de comestibles que fué uno de los incidentes

memorables del abastecimiento de Paris. La distribución dejó bastante que desear, hubo mucho desorden, lo que prueba que es preciso introducir muchas reformas en la administración.

— ¿Qué necesita Paris, despues de tener víveres? se preguntan los ingleses. Necesita trabajo, y como no es posible trabajar sin herramientas, hay que devolver al obrero las que empenó para tener pan durante el sitio.

Una vez reconocida esta necesidad, nuestros filantrópicos vecinos organizaron una suscripción cuyo producto se consagra á devolver á las familias pobres de la clase



Donativos patrióticos de la Inglaterra á la Francia. — Desempeño gratuito de los instrumentos de trabajo en el Monte de Piedad.

trabajadora, los instrumentos de trabajo que empeñaron en el Monte de Piedad.

¡Generoso y útil pensamiento por el cual Paris ha manifestado á Londres su profunda gratitud!

Así pues, estos últimos dias ha habido afluencia en las oficinas de desempeño del Monte de Piedad. Los instrumentos del trabajo han vuelto á las casas. ¡Que vuelvan con ellos la paz y la prosperidad!

R. M.

### Episodio histórico.

LOS HIJOS DE ENRIQUE II.

(Conclusion. — Véase el número 949.)

— ¿Callais? No importa. Os dejo entregado á vuestras reflexiones con estos bribones, que os impedirán gritar. Mañana es probable que haya en este convento un monge mas, y por cierto que nunca lo habreis visto de mas alta categoría.

El buen Guillermo solo respondió con un suspiro. Bertrand salió, y bien pronto se oyó el ruido de las berjas del monasterio que cerraba al salir.

Después de esta expedición, que se hizo con el menor ruido posible, bajó Born con rapidez la escalera, y llegó á la puerta de una habitacion baja que habian cedido al duque de Normandía. Llamó ligeramente y le abrió un escudero que estaba puesto de centinela. Algunas lámparas colgadas del techo daban pálida luz á la habitacion, y dejaban ver los magníficos muebles que para su adorno se habian traído del castillo. Los tres príncipes estaban de pié al lado de una mesa, y hablaban con calor aunque en voz muy baja, y á alguna distancia se hallaban algunos señores esperando el resultado de la sombría conferencia.

— Todo ha salido bien, dijo Bertrand; los monges están encerrados y esta es la llave de la puerta secreta.

— ¿Y el prior? preguntó Godofredo.

— Se resistió con terquedad; pero lo dejo bien guardado.

— ¿Supongo que no le habrás hecho ningun mal? preguntó Ricardo que siempre habia sido afecto á los frailes.

— No, señor... pero todo está ya dispuesto, y los soldados deben hallarse á esta hora en el gran patio; daos prisa.

— ¡Vamos! exclamó Godofredo.

— Poco á poco, dijo Ricardo con tono solemne, os prevengo por última vez que en ningun modo quiero que se atente contra la vida de mi padre y rey. Firmará ese pergamino que segun dicen, es una abdicacion completa, y le obligaremos á tomar el hábito en este convento. Pero...

— ¿Y si se resiste? interrumpió Godofredo.

— No puede ser, replicó Ricardo. Por lo demás ya sabeis que no hacemos aquí un pacto eterno, sino que concluido el asunto porque nos unimos, volveremos á ser enemigos irreconciliables.

— Sea así, dijo Godofredo; pero vamos: todos salieron de la cámara con el mayor silencio. Henrique solo dudaba, y su indeciso continente contrastaba con la impaciente alegría de Godofredo y la orgullosa cólera de Ricardo. Recordaba con cuánta bondad le habia tratado su padre después de tantos ultrajes, y principiaba á sentir los remordimientos que envenenaron sus últimos instantes.

La noche estaba oscurísima sin que el resplandor de una sola estrella ni el menor rayo de la luna desvanecieran lo mas mínimo la oscuridad. Tampoco movia el mas leve soplo de viento las hojas de los árboles, y solo resonaba sordamente en el campo el ruido de los pasos y el crujir de las armaduras. Cuando llegaron al gran patio, que separaba el convento del palacio, se detuvieron y no quedaron los príncipes poco sorprendidos al hallar que no habia en él ni un solo soldado.

— ¿Qué es esto? dijo Ricardo. ¿No habia yo dado orden á mis *Brabanzones* para que se hallasen aquí? ¿Dónde está el conde de Pico, mi senescal?

No se hallaba el conde de Pico entre los caballeros que acompañaban á los príncipes.

— ¿Y Mowbray, dónde está también? El quedó encargado de tener aquí mis Bretones, dijo Godofredo.

Mowbray habia desaparecido como Pico. Enrique, sin poder apenas disimular la alegría que le causaba el ver que la empresa iba á fallar, dijo también á Bertrand:

— ¿Pues no os mandé yo mismo que estuviesen aquí reunidos todos mis hombres de armas?

— ¡Y no hace una hora, señor, que dejé aquí todas las tropas sobre las armas con los condes de Pico y de Mowbray á la cabeza! ¡Si parece cosa de encanto!

No podian creer que hubiese habido combate contra los soldados del palacio porque ni un solo grito se habia oído en el monasterio. Corrió Bertrand á las habitaciones donde estaba alojada la tropa y tampoco halló á nadie.

— Os han hecho traición, dijo á los príncipes al volver; olvidásteis que vuestras mercenarias tropas son del que mas les paga, y que vuestro padre tiene oro bas-

tante para comprar cuantos soldados hay en Francia y en Inglaterra. ¡Un solo instante ha bastado para consumir la desercion!

Los príncipes y demás personas de su comitiva vomitaron entonces horribles imprecaciones.

— ¡Nos la ha pegado el maldito zorro! dijo Godofredo rechinando los dientes.

— Pues bien, dijo impetuosamente Ricardo, rompamos el lazo á fuerza de audacia, y marchemos al castillo.

Y sin esperar respuesta desenvainó su espada y se dirigió al palacio siguiéndole los demás en silencio. Las noticias que se habian dado á los príncipes eran tan exactas, que sin dificultad ninguna hallaron la puerta secreta, que se abrió con la llave del prior. Encendieron una antorcha y vieron un paso subterráneo que debia conducir á la cámara del rey. La mayor tranquilidad reinaba en la fortaleza, y todo parecia alentar los criminales proyectos de los príncipes. Ricardo se detuvo, y dijo con tono de autoridad:

— Solo los hijos del rey deben entrar en la régia cámara. Sean las que fueren las quejas que de nuestro padre tengamos, no debemos consentir que sus vasallos violen su habitacion. Conde de Leicester, quedaos aquí con los demás para guardar la puerta; y vos, Bertrand, quitaos la espada y alumbrad á los hijos de vuestro amo.

Tal era entonces la santidad del juramento feudal, que hasta los hombres mas corrompidos de la comitiva aprobaron los escrúpulos del duque de Guyena, que habia tomado tal ascendiente en aquellos momentos de crisis, que ninguno de sus hermanos se atrevió á oponerse á su autoridad. Subieron, pues, los tres precedidos de Bertrand por una angosta escalera, y ya arriba no vieron á nadie, pues parecia que el castillo estaba inhabitado.

Llegaron á la cámara del rey que estaba tambien abierta y solitaria como todo lo demás. Tal abandono causaba cierto pavor y los criminales se estremecian involuntariamente al oír el ruido de sus pasos que resonaban en el pavimento. Entraron en el oratorio que habia servido de habitacion á la princesa Adelais, y tambien estaba desierto; solo hallaron en una silla un lindo traje de page que Enrique reconoció por el mismo que habia visto llevar antes á la prometida esposa de Ricardo.

— Han huido, dijo en voz baja, y la empresa ha fallado. Salgamos de aquí porque me parece que estas paredes van á caer sobre nosotros.

— Ya es tarde para arrepentirse, dijo Ricardo con voz sombría, y debemos registrarlos todo. ¡Oh! ¡Cómo va á reirse de mi impotente cólera!

— ¡Se ha salvado! murmuraba el tigre Godofredo mordiendo el puño de su espada.

Porque Godofredo no queria que su padre fuese monje, sino que no existiese.

Después de haber registrado inútilmente por todas partes volvieron atrás y trataron de salir de la cámara, pero no fué poca su admiracion al hallar cerrada por fuera la pesada puerta de encima, y al oír que en la galería resonaban los pasos como de muchos soldados, entrando por las rendijas la luz que llevaban.

— ¡Somos perdidos! dijo Enrique poniéndose pálido.

— ¡Abrid! ¡abrid! gritó Ricardo dando fuertes golpes en la puerta con el pomo de la espada. ¡Abrid á los hijos del rey!

Abrióse al fin la puerta, y cuando la viva claridad que inundaba la galería llenó la cámara, vieron los príncipes una porcion de soldados, entre los que reconocieron á los que aun les servian la vispera. Enrique II armado de punta en blanco se hallaba á su cabeza, y entró en la cámara seguido de muchos escuderos con luces que se retiraron al punto. Conternados los príncipes bajaron la cabeza y callaron.

— ¿Qué haceis aquí, hijos míos? les preguntó el rey con el bondadoso tono que no perdía nunca para hablarles.

Ninguno se atrevió á responder, ni aun el atrevido Ricardo.

— Todo lo sé, hijos míos, añadió el rey con sencillez. Me ha sido preciso aprovecharme de todo para hacer nulos vuestros criminales proyectos, y me habeis forzado á recurrir á toda la actividad que tuve en mi juventud. ¡Ah! Esta terrible noche hará época en la historia de mi vida por los tormentos que en ella he sufrido. Pues bien, príncipes, os perdono y perdono tambien á los malvados que os han ayudado en tan impía empresa, aunque están como vosotros en mi poder.

Acercóse entonces á Ricardo y le dijo:

— Duque de Guyena, dadme el pergamino que queriais hacerme firmar.

Ricardo obedeció sin hablar palabra, y el rey tomó el acta de abdicacion y la hizo pedazos.

— Y ahora, hijos míos, añadió el rey con ternura, ¿qué hareis?

Enrique fué el primero que se arrojó á sus plantas y sus hermanos le imitaron, ya fuera por momentánea inspiracion ó por necesidad. Levantólos el rey y los abrazó.

— Habeis, le dijo, juzgado sin piedad mis faltas. No haré yo lo mismo con las vuestras. Cubra un espeso velo los acontecimientos de tan funesta noche.

Entonces hizo abrir la puerta de la galería y compareció ante la multitud llevando de la mano á Enrique y á Godofredo. Al ver tal prueba de reconciliacion resonaron por todas partes vivas y aclamaciones que llega-

ron hasta el monasterio, y despertaron á los religiosos que ignoraban su prision.

— Sea como quiera, decia para sí Ricardo, tendrá que darme cuenta de Adelais.

— ¡Tierna reconciliacion! decia Bertrand de Born con risa desdeñosa mirando aquella escena.

Algunos meses después estaban otra vez los príncipes en sedicion contra su padre; pero dos de ellos no tardaron en recibir el castigo del cielo. Godofredo murió en la corte de Francia, y Enrique, estando á punto de espirar en Martel junto á Turena, pidió en vano ver á un padre que tantas veces habia engañado. La iglesia de Grandmont contiene los restos del segundo. En cuanto á Ricardo, *Corazon de Leon*, sabido es como heredó á su padre, su ida á tierra santa, su prision en Alemania, su vuelta y su muerte dejando el reino á su hermano el pérfido Juan *Sin Tierra*.

J. V.

### Una historia del siglo XVII.

I.

Eran las nueve de la noche, y ni el ruido de un carruaje, ni los pasos de ningun mortal llegaba á los oídos de la familia del famoso pintor Rubens, que en torno del hogar estaba reunida para celebrar la *Noche-buena*. Las calles de Amberes, tan poco transitadas á aquellas horas, lo estaban menos á la sazón por la copiosa nieve que caía. El mal tiempo privaba á los niños de una parte de las diversiones que habian esperado gozar en las navidades, pues su madre acababa de intimarles que no irían á la misa del Gallo. Los de menos edad lloraron al oír esta orden; mas como á sus pocos años las impresiones dolorosas no tardan en borrarse, pronto olvidaron ellos la suya, y se dedicaron á edificar un magnífico palacio de naipes, á cuya construccion prestaba la madre su complaciente atencion. El frágil edificio alcanzaba ya una elevacion asombrosa, y el rapazuelo Pablo seguia con sus miradas centellantes de alegría, y con la boca medio abierta de placer, la mano de su hermana Constanza que añadia con el mayor cuidado nuevas cartas al edificio. En otro ángulo bordaba Clara Eugenia que ya contaba diez y siete primaveras, una lujosa cifra de oro en la que se veían enlazadas las iniciales de Rubens y Elena Fromeat sobre un campo azul, obra que destinaba para tapete de la mesa del despacho de su padre.

Una lámpara de plata y algunas gruesas bujías de cera amarilla alumbraba este grupo colocado en torno de una mesa inmensa. Elena estaba sentada al lado del hogar en un gran sillón, cuyo alto respaldo y ricos adornos le daban el aspecto de un trono doméstico. Era en efecto, la reina de aquella familia sumisa y tierna, de todos aquellos criados que entraban á cada instante á recibir sus órdenes con el sombrero en la mano y en una actitud respetuosa. Sin embargo, se leía en su frente que un ligero cuidado turbaba su paz y tranquilidad ordinaria; frecuentemente sacaba el reloj, *regalo de la difunta archiduquesa Isabel, gobernadora de los Países Bajos*, que pendía de su cintura y echaba una mirada llena de impaciencia para ver la hora. Mas dió rienda suelta á su comprimida emocion al marcar el horario las diez: cogió el silbato de oro que entre un manojito de llaves llevaba pendiente del cinturón, y sonaron dos cilindros agudos. A cuya señal acudió al instante la dueña Petronila, ama de llaves de la casa.

— ¿Ha venido ya mi hijo mayor Francisco?...

La dueña Petronila tenia por costumbre encubrir y disimular cuanto le era posible las ligeras faltas de unos niños á quienes amaba como una madre. Pero esta vez fué sorprendida, pues el delito era evidente; así intimidada con el tono severo de Elena, no supo al pronto contestar.

— Cualquiera que sea la hora á que vuelva, le direis que quiero verle, y que tengo necesidad de hablarle. Ya van varias veces que vuelve á casa pasada la hora que le tengo marcada. Un jóven de su edad ni puede ni debe sacudir tan pronto los deberes de un hijo de familia. La mejor sociedad para él debe ser la de su madre y hermanos.... ¿No basta, añadia interiormente, que su padre arrastrado por el torbellino de las artes, de los negocios y de los placeres, no pueda consagrarme sino muy pocos instantes... sino que tambien he de verme privada de la compañía de mi hijo? Pero ya está aquí, él es sin duda.

En efecto, en aquel momento se oían confusamente las pisadas y el ruido sordo de un carruaje que rodaba sobre la nieve. El coche se para, la puerta se abre.... Rubens será sin duda... acordándose de su familia la habrá preferido al banquete del gobernador. Rebosando su corazon en alegría, se levantó Elena para ir al encuentro de su esposo: pero de repente se para en medio del salon, porque al abrirse las puertas vió entrar por ellas una señora que rayaba en los setenta años,

apoyada en el brazo de una criatura contrahecha de la estatura de un niño de cinco á seis años, y seguida de dos jóvenes vestidas de negro.

—Espero disimulareis, señora, que os visite en una hora tan intempestiva... dijo la desconocida con un acento extranjero: pero es de absoluta necesidad que vea hoy mismo, esta noche al señor Rubens. Esta es la razón porque he querido entrar aun cuando me han dicho que no estaba en casa.

No sentó muy bien á Elena la visita de esta forastera á semejantes horas y en ocasión en que estaba la familia reunida para celebrar la Nochebuena. Sin embargo venció esta impresión desagradable y recibió con la urbanidad acostumbrada á la desconocida, que parecía estar muy cansada y con bastante frío. Esta correspondió á las atenciones y obsequios de la mujer de Rubens con una indiferencia que rayaba en la altanería, tanto que se apoderó del sillón de Elena sin que esta se lo hubiera ofrecido: ofrecimiento que en el siglo XVII solo se hacía por el amo de la casa cuando era visitado por algún personaje de grande importancia: pues tanto este sillón como la izquierda del hogar, eran putativos de aquellos.

La forastera puso sobre sus rodillas al enano que la acompañaba, y dió orden á las jóvenes que se saliesen á estar en compañía del ama de llaves que había sido su introducción. En seguida atizó el fuego, con cuyo calor parecía reanimarse.

—¡Qué bien sabe calentarse después de tres días de travesía por la mar, y de una jornada en coche... ¡no es verdad, Langely? le dijo al enano... ¡pobre!... tienes las manos amoratadas é hinchadas de frío... mucho debes sufrir, Dios mío, ¿Qué tienes?

El enano dejó caer lánguidamente su cabeza sobre los hombros de la desconocida.

—¡Por *Christo*, se ha desmayado! ¡Pronto agua fresca, agua fresca! Esta pobre criatura no ha podido resistir las fatigas é incomodidades del viaje. ¡Socorredle!... ¡Abrid las ventanas! ¡Bendita sea la Virgen Santísima!... Ya vuelve en sí... ¿Y bien, Langely, prenda mía?

El enano llevó su mano al estómago.

—Tengo hambre, dijo.

—Sí, hambre... eso es... necesidad... Ya lo ois, señora, necesita alimentarse. Así pues, hacédle dar alguna vianda ligera, y pronto, porque padece mucho y va á desmayarse otra vez.

Acostumbrada Elena á las respetuosas atenciones de todos los que la rodeaban, la picó el tono poco comedido de la desconocida, y el modo como disponía de una casa en la que había entrado sin decir ni aun su nombre.

Sin embargo, había un no sé qué de imponente en los modales y miradas de esta mujer, que la movió á pesar suyo; así es que mandó traer cuanto pedía aquella forastera que se había introducido de un modo tan poco previsto en la casa de Rubens.

El enano comía maquinalmente el alimento que le presentaron, y después de haber acabado se acomodó en las faldas de la señora, donde se durmió profundamente. Los niños tuvieron que continuar la construcción del castillo en silencio, pues la menor exclamación de sorpresa ó de alegría que se les escapase, iba seguida inmediatamente de una mirada, ó de un gesto de la señora imponiéndoles silencio.

De este modo se pasó la noche no sin impaciencia de parte de Elena, pues incomodada ya con la presencia de una desconocida, se le hacía mas sensible la ausencia de su hijo y de su marido. La desconocida seguía impasible durmiendo, y su sueño era interrumpido frecuentemente por algunos estremecimientos nerviosos, en cuyos intervalos atizaba el fuego; preguntaba la hora que era y se volvía á acomodar en el sillón que con tanta franqueza acababa de expropiar al ama de la casa.

Por fin dieron las doce. Elena reunió en torno suyo á sus hijos, cogió un libro de devociones y empezó á leer en alta voz los versículos del Evangelio, que cuentan el nacimiento de Jesús en el pesebré de Bethlen. Durante esta lectura entró el hijo mayor de Elena y de Rubens y furtivamente se arrodilló detrás de sus hermanas. La forastera se incorporó á este grupo, uniendo sus oraciones á las oraciones de la familia.

Acabadas estas cerró Elena el libro y tomó de las manos de la dueña Petronila que estaba en pie á sus espaldas una fuente de plata llena de pasteles dorados, con un niño *Jesus* de barro en el medio. Repartió un pastel á cada uno de sus hijos; el enano alargó también desde los brazos de su señora su mano para recibir como los otros su parte en esta distribución.

Elena tuvo que ceder también á esta petición indiscreta, que tan poco respetaba los misterios de la familia, pero dejó ver bien claramente el desagrado que le causaba, causa que aumentó sin duda la severidad con que dirigió la palabra á su hijo mayor cuando se encontró con él cara á cara.

—Los designios de Dios han traído sin duda, dijo ella, á este forastero para que recibiese la parte que te tocaba del pastel de Nochebuena, pues al preferir la mesa de extraños á la de vuestra ma-

dre y la de vuestros hermanos para celebrar el aniversario del nacimiento del Redentor, os habeis hecho indigno de ella. Retiraos á vuestro cuarto; vos sereis el único de mis hijos que deje de recibir hoy antes de dormirse el beso maternal.

Esta amenaza hizo saltar las lágrimas de Francisco.

—¡Perdonadme, madre mía, exclamó, perdonadme! ¡Y revocad por piedad un castigo demasiado severo! Soy culpable, lo confieso, pero por Dios pronunciad una palabra de perdón, no hagais con vuestra severidad que la fiesta del Señor haya empezado para mí con el pesar mas cruel que puedo tener.

Elena volvió la cabeza sin contestarle.

—¡Madre mía! replicó el joven arrodillándose. Elena dió un paso para alejarse.

—¡Madre mía! ¡madre mía! ¡perdonad á Francisco! exclamaron todos sus hijos rodeándola.

Esta con un gesto les impuso triste y respetuoso silencio.

Compadecida la forastera de Francisco que continuaba arrodillado, corriendo por sus megillas mas de una lágrima, le dijo con dignidad:

—Hijo mío, no os desconsoléis de ese modo, vuestra madre vá á perdonaros, yo se lo suplico.

—Señora, no me pongais en el caso de que os desaire. Solo después de haber meditado maduramente las consecuencias, y con un firme propósito tomo una resolución con mis hijos.

—¡Como, señora!... ¿Tendréis valor para resistir el arrepentimiento de vuestro hijo, que os pide vuestro perdón con las lágrimas en los ojos?

—Ha cometido una falta, es preciso que sufra sus consecuencias.

—¡Dios mío! repitió la desconocida, yo también tengo un hijo... un hijo que amarga mis días con todo lo mas cruel que puede sufrir una madre.

Me ha despedido de su lado, alejándome de él y condenándome á morir en un destierro; ni una sola ha leído de cuantas cartas le he escrito en mi desesperación... muy culpable es, ¿no es verdad? Pues bien, si me alargase una mano diciéndome tan solo: ¡Ven, madre mía!... Todo lo olvidaría, todo lo perdonaría, y sería la mas feliz de las madres. Perdonadle vos, señora, ya que tan afligido implora vuestro perdón.

En este momento entraba Rubens en la sala. Ver á la desconocida, quitarse el sombrero y echarse á sus pies fué obra de un instante.

—¡V. M. en mi casa! exclamó.

—Sí, mi querido Rubens: María de Médicis, reina de Francia y de Navarra, viuda de Enrique IV, madre del rey Luis XIII y suegra de tres reyes, viene á vuestra casa... y viene á implorar vuestro amparo...

—Hable V. M. Cuanto poseo, mi vida la pondré á vuestros pies.

—Antes que todo, dijo volviéndose aun mirando con la sonrisa en los labios á Elena, que se había quedado cortada y confusa, antes de todo pediré á esta señora el perdón de su hijo, y la gracia de que lo bese aquí en mi presencia. La falta es muy ligera para que la pague con el pesar de dormirse esta noche sin haber recibidolas caricias de su madre.

Francisco se echó en los brazos de Elena, que le estrechó tiernamente contra su corazón.

—En segundo lugar, continuó la reina, vengo á suplicaros que me concedais un albergue bajo vuestro techado, y pan para mí, para mi enano Lengely, y para las dos únicas servidoras que me acompañan en mis desgracias...

—V. M. puede disponer de cuanto poseo.

—Aun me podreis servir de otro modo también muy importante, noble Rubens. Si Dios quiere coronar con un éxito feliz los proyectos que medito, me parece que nuestra galería de Luxemburgo se completará. Pero ya la noche está muy avanzada, y una pobre viajera como yo necesita descansar. Buenas noches... hasta mañana.

Salió llevándose consigo al enano, precedida de Elena, que condujo á su propia habitación á María de Médicis; después de haberla instalado en ella volvió á buscar á Rubens, acostó á sus hijos aturdidos con la presencia de una reina en su casa, y se retiró con su esposo admirando la singular aventura que confiaba á su hospitalidad la viuda de Enrique IV.

## II.

Elena estaba inconsolable por no haber conocido en la extranjera que llegó la víspera á su casa, de una manera tan imprevista y á hora tan avanzada de la noche, á la reina de Francia, á María de Médicis, y queriendo en cierto modo reparar la falta en que había creído incurrir, da voces, pone á los criados en movimiento, da órdenes y contraórdenes que cuida se lleven á efecto: la dueña Petronila, que por su parte secundaba los deseos de su ama, y sin duda hubiera borrado la frialdad del recibimiento con los obsequios que preparaba, si María conociendo el movimiento que había en la casa no hubiera contenido aquella

franca efusión de tan honrada familia, diciéndole á Elena:

—Mi buena amiga, ¿qué es lo que haceis? olvidais que una desgraciada proscripta debe haber renunciado á la opulencia, y que los momentos de felicidad ya no existen para ella sino como un vago fantasma que se desvanece cuando alarga una mano suplicante. ¡Ah! mi mayor placer consiste en descansar sobre un humilde lecho, y que no vengan á mi sobresaltada imaginación ensueños de muerte. ¡Qué horror!... vos sois feliz, no temeis el aguzado puñal de un asesino... el cielo os bendiga, honrada familia: habeis concedido un albergue y una mesa á la infortunada María. ¡Ah! que mi nombre y mi clase solo sea conocido de vosotros, os lo suplico, cualquiera exterioridad atraería á mis perseguidores, y quizá mi vida correría peligro.

Mientras que hablaba María, Elena la consideraba con atención, y una ligera tinta de dolor bañaba sus mejillas al ver impresa en aquella augusta fisonomía la profunda huella de la desgracia y de la edad. María podría tener como sesenta y ocho años, pero las arrugas que surcaban su rostro, los cabellos enteramente blancos, su cuerpo encorvado, y una palidez que daba á sus miradas cierto aire siniestro é indefinible, la hacían parecer de mas edad. Soportaba con heroica resignación las desgracias, y solo de tarde en tarde corría de sus ojos una lágrima, ó asomaba á sus labios descoloridos una sonrisa amarga que revelaba el estado de agitación de su alma. Era imposible no olvidar sus faltas al contemplar la horrosa indigencia á que está reducida la madre de un monarca poderoso.

Rubens, que había entrado durante la conversación, no pudiendo contener sus lágrimas llama la atención de María, que cogiéndole una mano le dice:

—¿No temeis el contagiaros en mis desgracias, generoso Rubens?

—Señora, nunca mi corazón temió el ser agradecido.

—Por eso he aceptado vuestra hospitalidad, hombre bienhechor: quizá llegue un día que pueda recompensar... pero entre tanto, lejos de mi patria, lanzada por la ambición de un favorito que teme mi influencia, y Luis XIII consultando únicamente una culpable animosidad no encierra en su corazón ni un recuerdo de cariño maternal. ¡Ah! tal vez se figura que vivo rodeada de placeres al lado de Carlos I, cuando su corona y aun su vida quizá serán en breve destruidas por el huracán de las revoluciones... ignora que he tenido que abandonar la Inglaterra dejando en ella los restos miserables de mi fortuna, y que sin vos la madre del rey de Francia mendigaría un techado para ponerse al abrigo de los elementos. Acabad la obra, generoso Rubens, que vuestro acento de fidelidad y de virtud hagan saber al monarca mis desgracias, entregadle esta carta... lo hareis... Dios os protegerá... y las bendiciones de una mujer desgraciada os acompañarán...

—Mañana mismo, contestó Rubens conmovido, saldré para Paris y pondré vuestra carta en las mismas manos de Luis XIII.

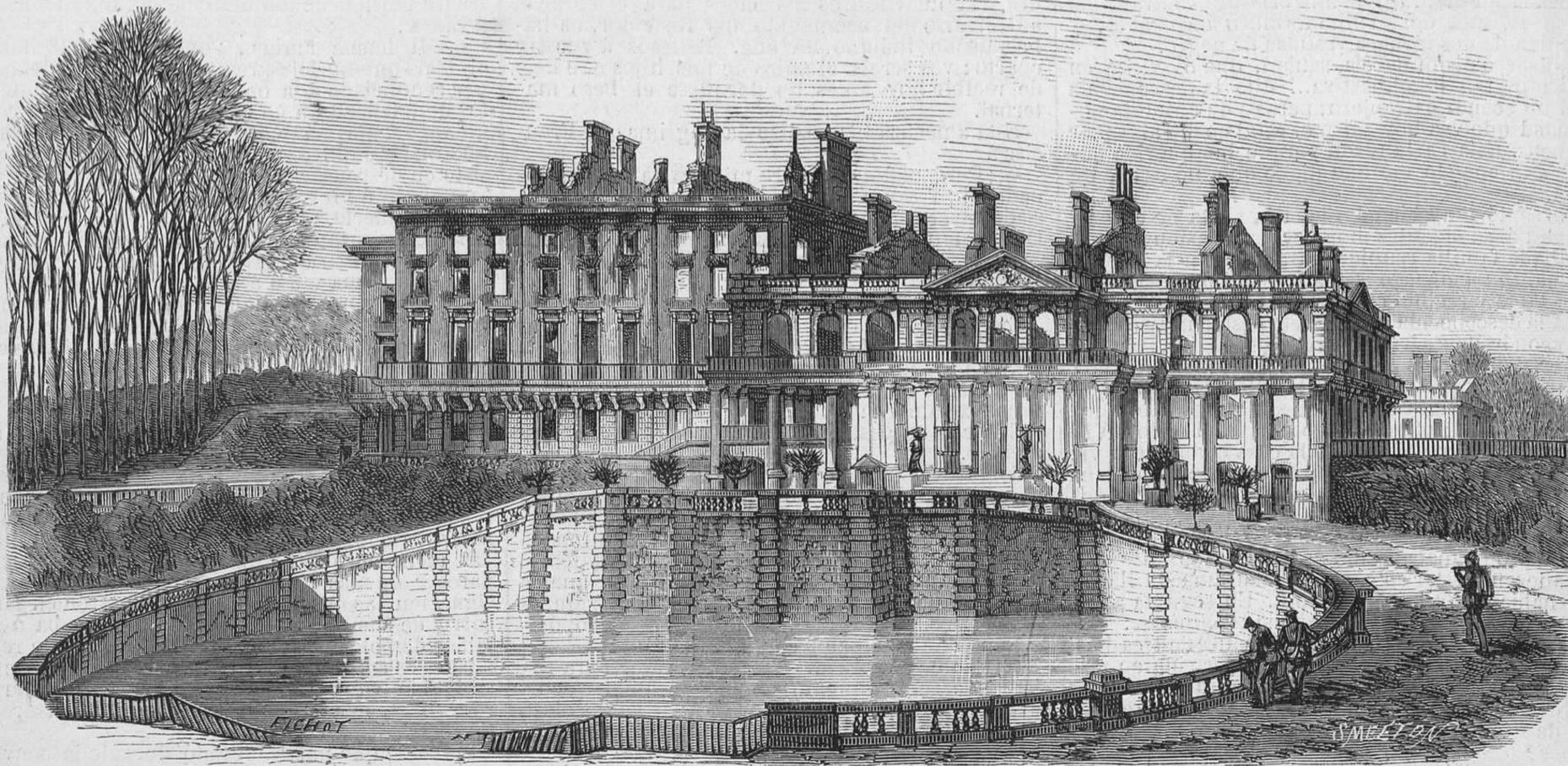
(Se continuará.)

## Saint-Cloud.

El día que nos dijeron que los prusianos acababan de salir de Saint-Cloud, cediendo á un deseo bien natural después de la larga reclusión del sitio, nos pusimos en camino contando con que no encontraríamos ninguna cara enemiga y que el paso estaría libre. Esto era contar sin la huésped. Al extremo del puente de barcas de Sevres, lleno de carros, descubrimos con desagradable sorpresa tres cascacos de cuero con chuzo de cobre sobres tres figuras de soldados rechonchos y repletos, calzados con gruesas botas, que llevaban colgando un saco de lienzo como los bolsillos de Bertran en *Robert-Macaire*, y el fusil atravesado á la espalda con la misma gracia que llevaban la escoba cuando no hace mucho tiempo barriaban todavía nuestras calles. Preciso fué que nuestra vista tropezara con aquella odiosa silueta, y lo que hicimos fué apresurar el paso con un movimiento de rabia sorda y de odio que por desgracia era impotente.

Otros soldados ocupaban el cuerpo de guardia á la entrada del parque, que tenía abierta una reja lateral. Silencio y soledad: solo se oía el ruido del hacha que pegaba en los árboles. Nada mas siniestro que la tristeza de los lugares llenos de recuerdos de alegrías y de fiestas. Parece que le caen á uno gota á gota en el corazón las lágrimas de las cosas, pues la naturaleza llora. *Sunt lacrymæ rerum*, ha dicho Virgilio con una profundidad de expresión llena de melancolía.

Sin embargo, no se halla tan pelada como podía creerse esa parte del parque. Han hecho claros para extender la vista y facilitar el tiro de las baterías situadas mas arriba en la cuesta; pero el aspecto general no ha cam-



LAS RUINAS DE SAINT-CLOUD. — El palacio por el lado del parque.

baldo mucho y la verdura de la primavera ocultará las cicatrices de los árboles que han sobrevivido y colmará los vacíos.

La cascada que se precipita por su escalinata de mármol, legítima admiración de los parisienses, no ofrece á la vista ningún deterioro y aun podrá correr los domingos, si no se ha llevado el plomo de los tubos un aprovechado enemigo que no se olvida nada.

Cuando se ha subido la pendiente en donde se desplagan las aguas, y pasado la construcción arquitectónica, se entra en una región saqueada con una especie de frenesí. Árboles magníficos, dos y tres veces seculares, los gigantes y los patriarcas de la selva, aserrados á raíz del tronco, yacen sobre arbustos aplastados y tierras hundidas, arrastrando sus cabelleras de ramajes. Estos troncos, que ofrecen en su corte un color claro que se asemeja al de la carne humana, tienen algo de trágico y solemne. Parecen como altares erigidos para jurar sobre ellos un odio implacable ó implorar á Nemesis, la diosa de las justas venganzas.

Atravesado este espacio por entre piedras, los pedazos de madera, los restos y las escorias de toda clase, se llega á la pradera que subía del palacio á la linterna de Diógenes, de la que no queda nada, por una cuesta suave entre dos grandes espesuras, y se distingue con esto por el esqueleto quemado de un monumento que apenas puede reconocerse. Los marcos de las ventanas ennegrecidos por la llama, dejan ver el color del cielo: todo el interior se ha hundido. Apenas se adivinan en la fachada las grandes divisiones de la arquitectura. Únicamente

dos estatuas de bronce verde han quedado sobre sus pedestales delante del peristilo como dos centinelas cuyo relevo se ha olvidado. La una representa á la Aurora de pié en un carro y arrojando flores; la otra es un Hércules bonachon aplasiando con una maza que parece un leño, las cabezas de la hidra que renacen. Los cuellos decapitados tienen agujerillos de donde saltan caños de agua, lo cual demuestra que el Hércules en cuestión ha debido figurar en alguna fuente mitológica.

La ruina es completa: en cuanto al edificio no hay restauración posible. Lo que las bombas comenzaron lo acabó el incendio. Se penetra en el palacio por su vestíbulo abierto á los cuatro vientos, obstruido de escombros, de vigas carbonizadas, de fragmentos de hierro y de mármol, y por entre los techos hundidos se distinguen las distribuciones interiores como en los planos de arquitectura. Como si fueran venas en el cuerpo del edificio, se ven circular los tubos de los caloríferos y de los conductos de agua, rotos aquí y acullá ó asomando por las paredes maestras. No subsiste ni un tabique. Hay chimeneas que cuelgan de la pared sobre un pedazo de suelo. Diríase que la llama en su furor ha tenido un guía: un elemento ciego no llega solo á esa perfección de destrucción y de desastre. Se observa allí la obra de incendiarios prácticos que obedecen á una consigna de exterminio.

En el interior del patio el destrozo ha tenido caprichos: hay estatuas decapitadas, cojas, mancas, tuertas, llenas de horribles heridas, reducidas al estado de tron-

cos informes y calcinadas como cal; otras están ilesas, no se sabe por qué, y se sonríen con la indiferente serenidad del mármol en medio de esa desolación que su gracia intacta hace todavía más lúgubre. Pero estas excepciones son raras; todo ha sido mutilado, despedazado con intención, y si no se pone orden, los merodeadores acabarán muy luego hasta con el último vestigio de los materiales.

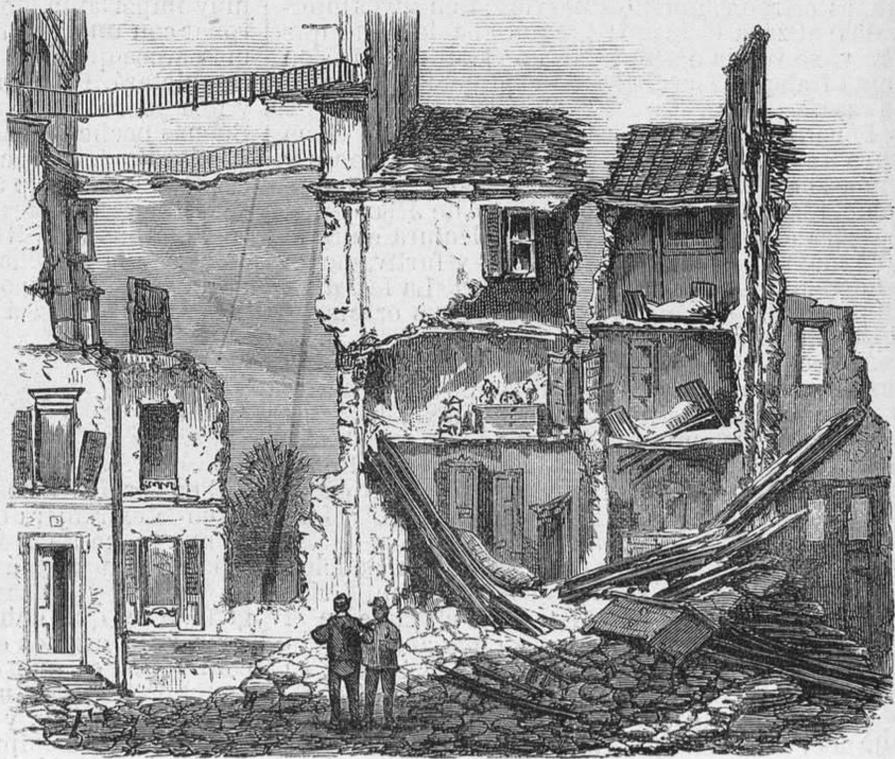
Al salir de lo que fué palacio de Saint-Cloud, conmovidos ante esa ruina, de la que no tiene culpa el tiempo, pues los siglos destruyen menos que los hombres, observamos en las ventanas de las antiguas construcciones de servicio, algunas caras de judíos alemanes sórdidos y crueles, de barba puntiaguda y color amarillento, con pelo lacio, descendientes de Judas Iscariote y de Shylock, capaces de cortar la libra de carne al vencimiento, encubridores del robo y del asesinato, traficantes en pillaje, que con sus uñas negras sacan de los montones de brasa las barras de metal fundido; todos tenían ese aire de estupidez que tienen los buitres repletos de carne.

Subimos á la población de Saint-Cloud por una calle cuyas primeras casas no parecen haber sufrido muchos daños con los proyectiles y el incendio; pero solo queda en pié la fachada. En cuanto se mira por una puerta entreabierta, ó por entre las tablas que tapan las ventanas, se distingue un hundimiento completo del granero á la cueva, y la luz que pasa por entre las brechas de las paredes.

Sin haberlo visto no puede nadie formarse una idea



La calle de la Iglesia.



Una casa de la plaza del Hospicio.



LAS RUINAS DE SAINT-CLOUD. — La calle Real.

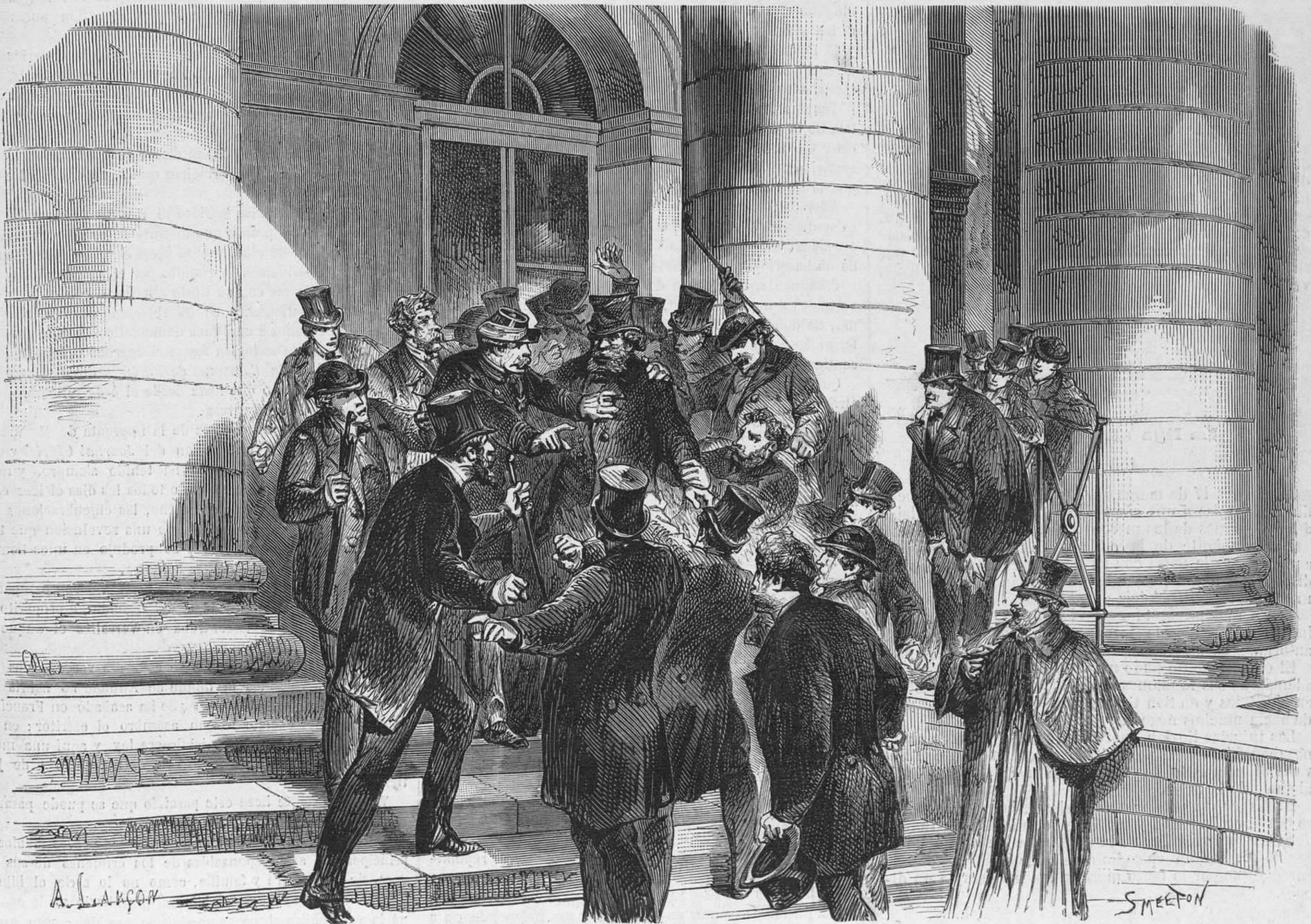
de semejante desastre, y Saint-Cloud debería conservarse como otra Pompeya de la destrucción, para que fuera á ver la gente lo que es la guerra. La ciudad ya no es habitable y parecemos imposible sacar partido alguno de esos escombros. Sería preciso arrasarlo todo y reconstruir todas las casas.

Las que suben hácia la iglesia están llenas de piedras, de vigas, de persianas, de verjas arrancadas, y ahora empiezan á practicar caminos para facilitar el tránsito. Las casas han arrojado sus entrañas sobre la vía públi-

ca y parecen hacer un esfuerzo para seguir de pié, como soldados valerosos que no quieren caer después de haber recibido el golpe mortal; habiendo algunas que no presentan más que una grieta como la *Casa-Usher* en el siniestro cuento de Edgardo Poe; pero es una grieta que llega de la guardilla á los bajos. La horrible abertura se va ensanchando y se conoce que los dos pedazos de la pared se hallan á punto de desplomarse.

Lo que es tejados no los hay en ninguna parte: las bombas los abrieron y los devoraron las llamas. Esas

ruinas súbitas no tienen el carácter de las ruinas que hacen á la larga el tiempo y el abandono. Los años no las han dado aún sus suaves matices oscuros; la naturaleza no las ha adornado con sus colgajos de hiedra y de flores silvestres: todo aparece con un aspecto seco, chillón, violento. El yeso descascarado conserva su blancura mate, las roturas frescas de las piedras tienen una crudeza de tono que hierde el ojo como una llaga en carne viva. Es la diferencia que hay entre la muerte natural y el asesinato. Esos cadáveres de casas degolladas



Ejecucion de un prusiano en la Bolsa — M. Mayer, cambiante alemán, arrojado del palacio de la Bolsa.

ofrecen un aspecto terrible que no puede olvidarse; gritan venganza por todas sus heridas.

Por los anchos hundimientos de las fachadas aparece el interior de las habitaciones como esas decoraciones que sirven en el teatro para representar escenas de doble accion. En algunos cuartos adonde no ha llegado el fuego se ven los papeles de las paredes con sus florecillas y ramajes, las chimeneas con las tenazas al lado, los retratos de familia colgados en la pared, un jarro en la mesa de tocador, vajillas domésticas en los estantes, con las sillas junto al hogar que marcan el puesto de los habitantes. Una cómoda á punto de resbalar al fondo del abismo se sostiene en el aire por un prodigio de equilibrio. Mil detalles revelan al observador la vida íntima de esas casas, donde reinaban la felicidad y la alegría. En un tercer piso de una casa hundida, pudimos reconocer un retrato fotografiado de Luis Felipe, con su marco de madera barnizada. Se ven fragmentos de escalera como un las aguas fuertes de Biranese, que conducen al vacío, puertas abiertas que dan al cielo, balcones que permanecen maravillosamente aplicados á fachadas desmanteladas y caladas, describiendo extraños arabescos, cuadros para fotógrafos que, en efecto, abundan allí envueltos en sus paños negros como necróforos y con la cabeza inclinada sobre su objetivo.

Una estatuilla de la Santísima Virgen con sus ramilletes y coronas, se ha librado de las llamas dentro de su nicho enrejado. Las almas piadosas habrían considerado en otro tiempo esta preservacion como un milagro, y á decir verdad, no repugna á nuestra filosofía tal creencia.

Como hormigas en su hormiguero desbaratado por una pisada brutal, así algunos habitantes comienzan á volver á sus casas. Deslizábanse por los montones de ruinas, buscando el lugar de su vivienda, y barrían el suelo y empujaban fuertemente las puertas, sobre las cuales habian escrito los prusianos con un carbon sacado del brasero de Saint-Cloud: «Se prohíbe entrar.» Las mujeres recogían agua como podían en una fuente sepultada bajo los escambros, y cuyo sobrante rebosaba encima de las piedras. Aquel leve ensayo de vida en aquella ciudad muerta, tenía un carácter que enternece. Una planta verde de esperanza brotaba ya entre las ruinas hechas por los bárbaros.

Por el aspecto de esa devastacion se diría que se ha ejecutado fría y metódicamente. Ha debido haber incendiarios disciplinados que pegaron fuego á las casas una tras otra, con petróleo y teas encendidas. Cuatro ó cinco nada mas se conservan intactas, y en los postigos de una de ellas se lee en alemán:

SE RESPETARÁ ESTA CASA HASTA NUEVA ÓRDEN,  
28 DE ENERO  
DE 1871,  
JACOBI, MAYOR GENERAL.

A la derecha y á la izquierda todo está arruinado.

Cansados y tristes nos dirigimos á la barca con que se atraviesa el Sena, pues el puente está roto. La fonda de la *Tete-Noire*, á la esquina de la plaza de Armas, está destruida por las bombas, y durante largo tiempo no harán allí escala los marineros para comer alegremente.

Llegados á la otra orilla nos volvimos: Saint-Cloud, con sus casas sin tejados y la blancura mate de sus escambros, parecía un gran campo santo dominado por su capilla fúnebre. La iglesia, que ha quedado intacta, velaba sobre aquel cadáver de ciudad.

TEÓFILO GAUTIER.

### La liga anti-prusiana.

El viérnes 17 de marzo, la liga anti-prusiana procedió en la Bolsa á una ejecución muy propia para alejar á los alemanes de los mercados franceses.

Un cambiante de la calle de San Honoré apareció aquel día en la Bolsa con su cartera en la mano, y se disponía á operar, cuando un capitán de la guardia movilizaba se lanzó hácia él y le dijo:

— Te reconozco, tú eres el prusiano que sirvió de intérprete cuando me llevaron como prisionero ante las autoridades en Versalles.

El cambiante no pudo negar el hecho y se probó que además de sus funciones de intérprete habia instalado en Versalles y en San German casas de cambio en donde hacia muchos negocios con los alemanes.

Las injurias llovían sobre el prusiano, á quien amenazaban friamente; pero al fin se contentaron con llevarle al comisario de policía, que le dió el consejo de alejarse de la Bolsa.

M. Mayer, que así se llama el prusiano en cuestion, se dio por advertido, y un crecido número de individuos le acompañaron por la escalinata hasta la calle de San Marc. Fué un episodio de que se habló mucho en Paris, y que por lo tanto merecía los honores de un dibujo.

L. C.

### Revista de Paris.

Los amigos de la libertad y de la República están viendo con gran dolor el giro que toman las cosas. La idea de la conciliacion parece abandonada, y el terrible espectro de la guerra civil interpone su negra silueta entre Paris y Versalles. La situacion se presta en verdad á las reflexiones mas dolorosas, en cuanto es preciso abandonar la probabilidad de un arreglo que dé á Paris las franquicias municipales que reclama, y restituya á la Asamblea, nombrada por el sufragio universal, todo el poder político que la corresponde. Pero desgraciadamente no es así: los días transcurren, los incidentes contrarios á la conciliacion se aglomeran incesantemente, y ya casi puede decirse que forman una valla insuperable. Y sin embargo, el estado de Paris reclama una solucion rápida. La desorganizacion de todos los servicios administrativos paraliza la vida normal y acabará por colocarnos en la situacion en que nos hallamos durante el sitio. Los empleados del gobierno se niegan á obedecer las órdenes del Hotel de Villa y abandonan sus puestos dejando vacías las oficinas. Así sucedió el viérnes último en las de correos. El director M. Rampont con todo su personal, se trasladó á Versalles, y desde entonces nos hallamos incomunicados con todo el mundo. Los parisienses se preguntan con pavor si vamos á sufrir un segundo sitio. Todo es posible. La cuestion ha llegado á un punto que hace temer un sangriento desenlace.

No es posible decir que la Commune instalada el 29 de marzo en el Hotel de Villa se encierra en el círculo de sus atribuciones puramente municipales; sus actos lo mismo que sus aspiraciones, tienen una intencion política que abraza un campo mucho mas extenso.

No háy mas que leer la proclama en donde anuncia su constitucion, para convencerse de que intenta imponer sus doctrinas á toda Francia.

En ese manifiesto dice que el voto del 26 de marzo ha sancionado la revolucion victoriosa, revolucion que tuvo por objeto arrojar de Paris á un gobierno que queria deshonrar al país con el nombramiento de un rey.

Estas son las palabras; los actos no son menos significativos.

La Commune decreta abolidas las quintas, y dice que ninguna otra fuerza que la guardia nacional podrá crearse ni introducirse en Paris.

El mismo día organiza con el nombre de comisiones, toda una administracion que intenta suplir á los ministerios trasladados á Versalles.

Tenemos, pues, la comision ejecutiva, de hacienda, militar, de la justicia, de la seguridad general, de subsistencias, de industria y trabajo, de relaciones exteriores, de servicios públicos y de enseñanza, cada una de ellas compuesta de siete ú ocho miembros.

Además, ordena que los empleados de todas las oficinas existentes consideren nulas las órdenes ó comunicaciones emanadas del gobierno de Versalles ó de sus adherentes, y de no hacerlo así, la revocacion será inmediata.

Finalmente, la cuestion de los alquileres de las casas devengados durante el sitio, cuestion intrincada hasta lo sumo, de difícilísima resolucion, queda zanjada del modo mas terminante por un decreto de la Commune, suprimiendo las cantidades debidas en los últimos nueve meses.

Quizás esta resolucion es la única que puede entrar en las atribuciones de la administracion municipal; pero las otras corresponden seguramente al gobierno de acuerdo con los representantes.

A pesar de esto, los hombres del 26 de marzo creen ó fingen creer que no usurpan en manera alguna el poder político.

Haciéndose cargo de los argumentos incontestables que hay en contra, acaban de dar á luz con el título del «objeto de la Commune» una declaracion oficial en contradiccion manifiesta con sus disposiciones.

En ella se dice que seguramente con los decretos sobre los alquileres, la abolicion de las quintas y otros, la Commune ha salido del estrecho círculo en que la anterior legislacion encerraba á la libertad municipal; pero que también sería una ilusion extraña y hasta pueril el pensar que la revolucion del 18 de marzo tenía por único fin asegurar á Paris una representación comunal de origen electivo y sometida á la tutela despótica de un poder nacional fuertemente centralizado.

Jamás en Francia, añade el manifiesto comunal, la ley ha satisfecho ni en Paris, ni en las demás ciudades, ni en las aldeas, las necesidades de independencia y de libre administracion, que son una condicion absoluta de la vida regular, de estabilidad y de progreso en un estado republicano.

Los hombres del 18 de marzo han luchado y vencido para conquistar y asegurar en el porvenir esa independencia á todos los pueblos de Francia, y también á todos los grupos superiores, cantones, departamentos ó provincias, mediante

un pacto verdaderamente nacional y fundado en la idea republicana.

La ley que se prepara en Versalles está muy lejos de satisfacer tales aspiraciones, pues no deja al poder municipal ni la administracion de la policía, ni la disposicion soberana de la hacienda, ni la direccion de la guardia nacional.

«Ahora bien, añade el documento que extractamos, s Paris al constituirse en Commune ha renunciado á su omnipotencia aparente, no así á su papel iniciador, pues no ha abdicado ese poder moral, esa influencia intelectual que tantas veces en Francia y en Europa ha dado la victoria á su propaganda. Paris emancipado, Paris autónomo, no debe cesar de ser el centro del movimiento económico é industrial, la residencia del Banco, de los ferro-carriles, de las grandes instituciones comunales que difundirán la vida por las venas del cuerpo social.

» Esperando el día en que el triunfo definitivo de su causa haya devuelto á Paris emancipado el papel influyente, pero no dominador, que le aseguran la naturaleza, la evolucion económica y el movimiento de las ideas, la Commune se limitará á defender en su integridad sus intereses y sus derechos; que se trate de organizacion municipal, de alquileres, ó de vencimientos, legislará en Paris soberanamente porque se trata de sus negocios, de sus intereses propios, los cuales no pueden ser legítimamente satisfechos sino por aquellos que los representan y no por los que los niegan ó los suprimen. La Commune tendría el derecho de obrar así aun enfrente de un poder central, que reducido á su funcion no sería mas que el guardian y el defensor de los intereses generales; y con mas motivos tiene el deber de hacerlo enfrente de un poder usurpador que no sabe mas que obedecer á la razon de Estado, que apela al terror y al odio social y á los que reclaman un contrato que ofrezca garantías, les contesta hablándoles de represion y de venganzas.»

Penetrando en el fondo de esta argumentacion, debemos convencernos mas y mas de que la Commune de Paris, con pretexto de defender sus atribuciones, se divorcia completamente del poder político que se ha dado Francia. Es un acto de declarada hostilidad, que excluye ciertamente toda avenencia.

¿Cómo el gobierno central abdicaría hasta el punto de dejar en manos de la Commune el mando de la fuerza armada? ¿En virtud de qué derecho especial Paris estaría exento de quintas y no habría dentro de sus muros otro ejército que el de la milicia ciudadana? Son puras quimeras.

Los hombres de la Commune carecen de la sinceridad suficiente para proclamarse gobierno, no solo de Paris, sino de toda Francia, pues solo en calidad de tal esa corporacion podría legislar en asuntos de un interés tan general y trascendente.

Es verdad que si ellos no lo dicen, sus partidarios lo afirman en los numerosos periódicos que se han dado á luz desde el 18 de marzo.

Nada nos parece mas curioso ni mas oportuno que echar una ojeada á esta prensa que disfruta de una libertad ilimitada y que hace de ella muchas veces el mas deplorable uso.

Todos los periódicos suprimidos por el general Vinoy han vuelto á publicarse con su título anterior ó con otro nuevo, y la falange periodística se ha reforzado además con otra porcion de órganos á cual mas democráticos y sociales.

A la cabeza de la legion figura el *Journal Officiel*, que un día se llamó de la *Commune de Paris*, y despues volvió á tomar la calificación que lleva desde el 4 de setiembre, esto es, de la Republica francesa.

Apoderados los insurrectos de la imprenta de M. Wittersheim, continúan la publicacion del *Journal Officiel* con el mismo aspecto tipográfico que ha tenido siempre, y no es una de las menores sorpresas de todos los días el leer en el grave y sesudo diario del gobierno, las elucubraciones mas estrambóticas de los imitadores de una revolucion que tuvo otros hombres, otras causas y se produjo en unos tiempos muy diferentes de los tiempos actuales.

En el número del 28 de marzo Paris vió con estupor en el *Journal Officiel* una apologia del regicidio, á propósito de la noticia de que se encontraba en Versalles el duque de Aumale.

El articulista nos decía que si esto era verdad, «es que de Burdeos á Versalles el duque de Aumale no habría encontrado un solo ciudadano.» ¿Se ha acabado en Francia el sentido moral? exclamaba con asombro el escritor; en las repúblicas antiguas el tiranicidio era ley y aquí una moral supuesta llama asesinato á ese acto de necesidad y de justicia.

Y seguidamente hace este paralelo que se puede pasar de todo comentario.

Es muy general la opinion «de que los pobres diablos de príncipes no son responsables de los crímenes de sus padres, de su nombre y familia, como no lo sería el hijo de Tropaum; olvidan que al hijo del presidiario no le condena la voz publica si no es presidiario también; pero que á justo título, se desconfia de aquel que ha debido sufrir en su juventud la influencia de tan malos ejemplos, y cuya

educacion primera ha tenido semejante director. Lo mismo pues, un príncipe, hijo de príncipe y que, como el duque de Aumale, se atreve á venir á plantear en la Francia republicana la cuestion monárquica y la candidatura de su familia, excita nuestra cólera y llama nuestra justicia.»

El articulo concluye de este modo :

« La sociedad no tiene mas que un deber respecto de los príncipes : la muerte, y solo esta formalidad se necesita : la identidad de la persona. Los Orleans están en Francia y los Bonaparte quieren volver : aviso á los buenos ciudadanos. »

Despues de esta cita va á parecer pálido lo que podemos decir sobre los demás periódicos comunales.

Sin embargo, no dejaremos de encontrar tambien motivos suficientes para interesar á nuestros lectores.

De estos diarios algunos de ellos tienen un diputado por director como el *Vengeur*, á cuya cabeza se halla M. Félix Pyat, y el *Mot d'Ordre* que redacta M. Rochefort, ambos diputados dimisionarios.

No hay para qué decir que M. Thiers es el blanco cotidiano de entrambos directores.

El *Vengeur* declara que todo en la revolucion del 18 de marzo es legal y correcto; que sus autores se han apoyado en la legalidad para salvar el abismo abierto por la reaccion; que reprimieron un motin y burlaron un golpe de Estado; que hubo un 2 de diciembre vencido por el pueblo, y que el reproche de ilegalidad, el único que se hace á sus hombres es precisamente el que menos merecen, reproche que se vuelve contra la Asamblea insurreccional de Versalles.

Segun Félix Pyat, M. Thiers « es mas rey que Luis Felipe, mas czar que el czar, mas emperador que Bonaparte, sin vice-emperador, y mas emperador que Guillermo, sin Bismark. »

El *Mot d'Ordre* no se queda en zaga. M. Rochefort propone que se paguen los cinco mil millones á la Alemania confiscando los bienes del clero; á los diputados de Versalles les llama « insurrectos, » y « rurales, » y dice que ya es hora de que dejen de legislar y se vuelvan « á sus respectivos establos. »

El *Cri du Peuple* escribe que Versalles ha declarado la guerra á Paris, no la guerra con el fusil ó el cañon, sino « la guerra hipócrita y sorda de los conspiradores cobardes y traidores. » Achaca al gobierno la dislocacion de los servicios públicos, como el de correos, que vuelve á poner á Paris en estado de sitio como en tiempo de los prusianos; pronto « apelarán al incendio y al puñal asesino. Esos legisladores y legisladores, predicadores y sostenedores de legalidad, habrán violado todas las leyes é incurrido en todos los rigores del código penal. »

Este periódico se dispensa de reproducir en sus columnas los decretos y leyes de la Asamblea rural, porque todos esos actos son nulos.

La *Commune* enarbola con toda franqueza el pendon federalista y no la importa que Paris pierda las prerogativas de capital de que ha disfrutado hasta el presente.

« ¿Es tan gran honor para Paris el tener dentro de sus muros á M. Thiers y á M. Jules Favre con sus 750 rurales? ¿Son los representantes del idiotismo nacional los que vendrán á desarrollar su industria y su inteligencia? »

Tal es el tono de esta prensa que florece con la *Commune*, y para esto hemos de advertir que nada decimos del *Pere Duchene*, el mas popular de todos esos periódicos, porque no es posible reproducir sus palabras, que son siempre de las que no se escriben mas que en los vocabularios obscenos.

La revolucion aparece pues, con un carácter que aleja la idea de una conciliacion tan deseada por los que tienen en mucho las libertades públicas. Su radicalismo será necesariamente la causa de su pérdida.

Así en Versalles se congratulan de los progresos incesantes que hace en Francia la causa del orden. En el último parte del jefe del poder ejecutivo dirigido á las autoridades de los departamentos, se da por concluido el movimiento de Paris, que habia encontrado eco en Lyon, en Saint-Etienne, en el Creuzot, en Narbona, en Tolosa y en Perpignan; se dice que en Marsella la guardia nacional y la municipalidad, no queriendo asumir la responsabilidad de una guerra civil funesta á la República no menos que á la Francia, han hecho una declaracion que implica el reconocimiento del gobierno elegido y reconocido por todo el pais, y se anuncia que en Paris no tardará en verse el fin de una crisis que aunque terrible habrá sido corta. Si á esto añadimos que el mismo despacho manifiesta que en Versalles se está concluyendo de organizar uno de los mejores ejércitos que habrá habido en Francia, fácil será sacar en conclusion que está muy próxima la batalla. En el estado en que se hallan las cosas, ya lo hemos dicho, no parece probable otro desenlace.

MARIANO URRABIETA.

## Poesía.

Á ABSALON.

Fili mi Absalon, Absalon fili mi  
Quid mihi tribuat ut ego moriar pro te.

DAVID 2. REG. 18. 93.

Para Absalon su rápida carrera  
En las ramas de un árbol detenido  
La blonda cabellera  
En ellas se ha prendido  
Y en su infelice suerte  
Aun espera la muerte  
De sus propios cabellos suspendido.

Azofa el viento el cuerpo que oscilante  
Inquieta sombra de pavor retrata  
Maldice delirante  
De su fortuna ingrata  
Y en su penar insano  
Rasga su propia mano  
El purpurino manto de escarlata.

Solo el silencio de la noche umbría  
Turba tal vez su fúnebre lamento  
La voz de su agonía  
Leve arrebató el viento  
Y en sus pliegues la esconde  
O el eco le responde  
Tal vez mintiendo dolorido acento.

Pobre Absalon, los sueños de su vida  
Pasaron ya como ilusion ligera,  
Su dicha ya perdida  
Triste verdad que fuera  
Ora infeliz su mente  
Recuerda tristemente  
Suspense de la rubia cabellera.

Mañana el sol de nubes rodeado  
Vendrá á alumbrar con pálido fulgor  
Su cuerpo traspasado  
De dardo matador,  
Y cual marchita rosa  
Será su faz hermosa  
Triste recuerdo del pasado amor.

¿Por qué á sangrienta lid el padre amado  
Hijo llamaste en belicoso estruendo?  
¿Por qué fiero obstinado  
Al cielo desoyendo  
Su hueste acaudillaste  
Y el brazo levantaste  
Contra el brazo de Dios santo y tremendo?

Flores de tu vivir se marchitaron  
Pobre Absalon tu gloria y tu hermosura,  
Solo de tí quedaron  
Recuerdos de amargura  
Y tu infelice historia  
Recuerda en su memoria  
Del pueblo de Israel la raza impura.

¿En qué paró, Absalon, tanta grandeza?  
¿Qué fué de tu orgulloso poderío?  
¿Qué fué de tu hermosura y gentileza?  
Temprana flor que marchitó el estío  
Perdido su color y su belleza,  
Que al rebramar del vendaval impío,  
Arrebatada al impetu violento  
Inquieta surca la region del viento.

Naciste ayer y en tu rosada frente  
Corona te mintió la fantasía,  
Hoy quisiste tender brazo impotente  
Y el cielo castigó tu demasia,

¿En tu arrogancia juvenil ardiente  
Y en tu poder quién Absalon diría?  
Que entre perfumes mil, ese cabello  
Fuera dogal de tu infelice cuello.

Fuiste como el arroyo sonoro  
Que entre pintadas flores se desata,  
En cuyo seno cándido y hermoso  
El azul de los cielos se retrata,  
Que murmurando alegre y bullicioso  
Los campos borda de cristal y plata,  
Y en un valle ignorado y escondido  
Pobre muere, tal vez triste y perdido.

No se doliera el mundo de tu suerte  
Despreciando tu llanto y tus gemidos,  
Vengar el cielo quiso con tu muerte  
Delitos por su padre cometidos,  
Y así quizá de Dios el brazo fuerte  
En signos escribió desconocidos  
« Que muera el hijo pues el padre fué  
Adúltero amator de *Betsabé*. »

Quédate ahí pendiente de esa rama  
Como recuerdo de tu fin sangriento.  
Tan solo un nombre le quedó á tu fama  
Como á tu pecho le quedó un lamento  
Cuando en la noche silenciosa brama  
Oscilante te agita rauda viento,  
Cual péndola que anuncia en son pausado  
El tiempo de la vida que ha pasado.

J. BAUTISTA DELGADO.

## Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el número 949.)

Una inmensa alegría se apoderó de él, y al punto pensó en la pobre mujer que habia dejado en su casa sumergida en la mas angustiosa incertidumbre.

Sin embargo, Amboyne se veia asaltado de extraños temores.

A medida que leia adquiria la certeza de que Gracia se habia casado con un hombre infame.

Su primera idea fué denunciar á Coventry delante de todos los convidados; pero luego pensó que era preferible advertir á Gracia en particular y evitar el escándalo.

Sin embargo, ¿cuáles serian los resultados de esta conferencia?

Amboyne conocia lo bastante á la jóven para convenirse de que no querria vivir con semejante marido.

En todo caso, ¿qué existencia seria la suya?

Esposa y viuda á la vez. ¿No seria mejor dejarla en su ignorancia?

Sí; pero ¿cuánto tiempo duraria esta ignorancia?

Enrique Little iba á llegar dentro de breves dias y tarde ó temprano todo se descubriria.

Jamás se habia visto tan perplejo el doctor Amboyne, y cuando llegó á Woodbine-villa sus angustias eran tan crueles, que habria preferido estar convidado á una ejecucion capital.

No obstante, habia una persona que tenia derecho á saber cuanto antes la feliz nueva.

Amboyne trazó algunas palabras en una hoja de su cartera, la arrancó y se la envió á Mrs. Little por el cochero.

« Sosegaos, la decia; el correo de hoy me ha traído una carta de Enrique, en la que me dice que llegará próximamente. Esperadme ana hora ó dos, que no puedo dejar á Woodbine-villa en este instante. »

Amboyne entró en la casa y se fué en derecha al comedor, en donde encontró una brillante reunion en torno de la mesa.

Su puesto era el único que se hallaba vacío. El aspecto era el mismo que tienen todos los almuerzos de boda.

Al ver á los novios sentados uno al lado de otro, á las preciosas jóvenes compañeras de la novia riendo y cuchicheando como una bandada de pinzones, al ver la solemnidad propia de la circunstancia interrumpida de tiempo en tiempo por algun dicho gracioso, no se habria podido adivinar que sobre aquel radiante cielo se aglomeraba una terrible tormenta.

El doctor saludó y tomó posesion de su silla como si hubiese sido el banquillo de un condenado.

Continuó el ruido de los tenedores, los tapones del

De los diferentes modos de cubrirse la cabeza en el año 1871, por Bertall.



Sombrero de ocioso del barrio de la nobleza.



Sombrero de bebedor de cerveza y fumador de pipa en el barrio de los estudiantes.



Sombrero de seminarista.



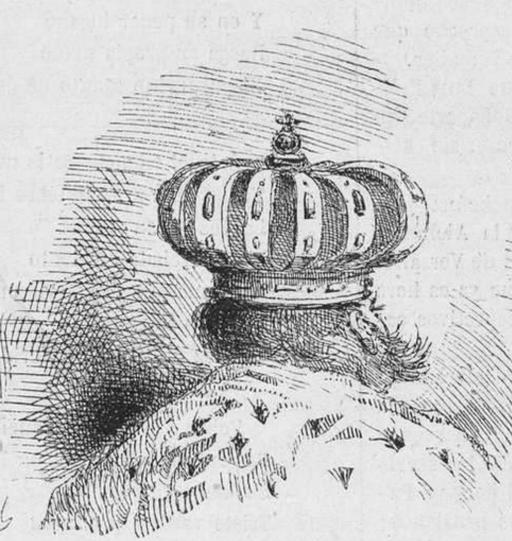
Gorro procedente de Constantinopla.



Cabeza de gastador.



Para evitar los golpes.



Para recibirlos.



Marido cuya mujer ha cumplido 40 años.



Artista que quiere distinguirse del comun de los mártires.



Ideas avanzadas expresadas por medio del sombrero.



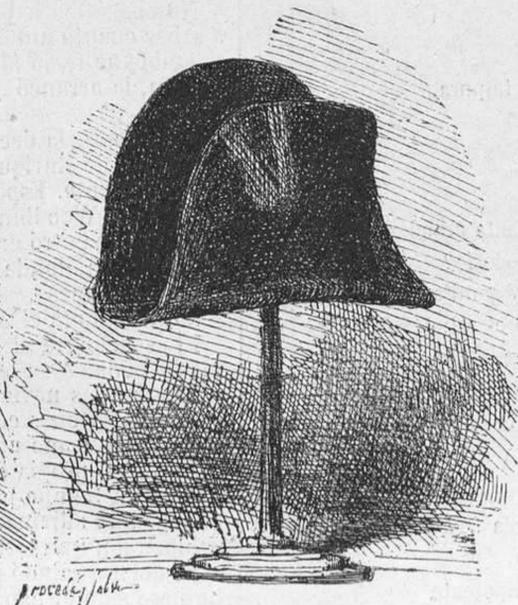
Sombrero de conquista.



Librea de gran tono.



Anglomanía.



Sombrero conocido.



Sombrero de conservador.



Sombrero de la democracia exagerada.

De los diferentes modos de cubrirse la cabeza en el año 1871, por Bertall.



Sombrero de príncipe italiano, de conde polaco, ó de revendedor de billetes.



Sombrero de sabio.



Sombrero de espía.



Sombrero de joven decidor que tiene partido en los salones.



Sombrero de cesante.



Sombrero de escultor colorista.



Sombrero de joven sin pretensiones.



Sombrero de hombre grave. — Médico, magistrado, camaleón político, corredor de elecciones ó diputado.



Sombrero democrático y social á la moda en 1848.



Sombrero respetable.



Sombrero de calavera.



Sombrero del que gasta gorra los días de trabajo.



Sombrero de militar mal disfrazado de paisano.



Sombrero para alargar la estatura.



Sombrero para acortarla.



Uso que sabe hacer de su sombrero el dibujante bien educado, para dar gracias al lector.

Champaña saltaron al techo y las copas se llenaron y se vaciaron, y Amboyne estaba en el suplicio.

¿Turbaria él aquella alegría general?

¿Dejaría que Coventry recogiera apaciblemente el fruto de los culpables manejos á que creía se había entregado?

Jamás el pobre doctor se había visto en tan cruel apuro.

Muy luego se acercó Lally y habló al oído de su amo, y Coventry se excusó y salió un instante.

— Tened cuidado, dijo el sirviente, pues el doctor sabe alguna cosa. Esta mañana vino á preguntar por miss Garden y pareció aterrado cuando supo que estaba en la iglesia.

— Seria que querria acompañarla, dijo Coventry; es un antiguo amigo.

— No, no, creedme, emprended cuanto antes vuestro viaje.

— Tienes razon, que preparen el coche.

Coventry se volvió á la mesa, y al sentarse echó una ojeada furtiva al doctor Amboyne y comprendió que Lally no andaba descaminado en sus conjeturas.

La agitacion del doctor era visible.

Juzgó pues, necesario calmarla, y llegado el momento de los brindis, se inclinó hácia el doctor y con mucha dulzura le preguntó si no se dignaria brindar á la salud de la novia.

Sobresaltado el doctor con esta proposicion, miró á Coventry con aire sombrío.

Sin embargo, trató de dominarse y levantándose con un movimiento de autómatas, balbuceó algunas palabras cuyo sentido fué un enigma para todos los presentes.

Amboyne, en términos muy concisos, se limitó á encarecer el cariño que profesaba á Mrs. Coventry, y deteniéndose de repente, hizo una pausa y continuó:

« Pero dejo á otros el cuidado de pronosticar el feliz porvenir que la espera. Yo no puedo hacerlo... Nadie sabe lo que puede suceder dentro de una hora. »

Estas palabras estallaron como una bomba en la reunion y todos los convidados se miraron con sorpresa.

Empero muy luego se borró tan penosa impresion, gracias á un incidente mas propicio.

El joven capellan se levantó diciendo:

— Yo acepto la mision que el doctor Amboyne ha delegado á otros, y la acepto con orgullo.

Y sobre este exordio, el joven orador hizo un brillante panegirico á la novia; felicitó á sus amigos y se felicitó á sí mismo de haber sido instrumento de aquel enlace.

Finalmente, aprovechando su cargo de pastor, echó la bendicion á los novios y se sentó arrojando en su derredor miradas satisfechas.

Los aplausos de sus oyentes no le dejaron duda alguna sobre el efecto que habia producido.

Coventry particularmente, le manifestó la mas viva gratitud.

— Ese joven hará carrera, dijo uno de los presentes al que tenia á su lado.

— Es extraño, murmuró aquel á quien se dirigian estas palabras, yo he visto á ese hombre en alguna parte, pero no desempeña ningun cargo eclesiástico.

El novio dió gracias á todos los convidados por las muestras de simpatía que le habian prodigado en tan solemne ocasion, y habló en tan bonitos términos que Gracia casi se enorgulleció de su esposo.

En aquel instante se detuvo ante la casa un carruaje con cuatro caballos que debia llevarse á los recién casados.

Advertido Coventry dirigió una mirada suplicante á Gracia, que cedió tanto mas gustosa cuanto deseaba librarse lo mas pronto posible de todo aquel aparato.

Se despidió pues de sus amigos y se retiró á su cuarto para prepararse al viaje.

La novia se llevó consigo el encanto de aquella reunion.

De repente un ligero tumulto llamó á los curiosos á las ventanas.

Jael Dence habia visto al cartero y habia corrido á su encuentro para tomar las cartas de Gracia, caso que las hubiera, y entregárselas á la joven antes de que saliese de la casa de su padre.

El cartero, que la conocia hacia tiempo, la entregó la única que habia con el sobre para miss Garden.

Ahora bien, en aquel mismo momento corria tambien al cartero el irlandés Lally, y habiendo creído reconocer la letra y el sello de la carta, quiso apoderarse de ella.

— Dadme, es para mí.

— ¡Para vos! dijo Jael; no por cierto, es una carta para miss Garden.

— Ahora se llama Mrs. Coventry, y como estoy encargado especialmente de la correspondencia de mi amo, quiero recoger esa carta.

— Pues yo os repito que esta carta es para mi ama y que nadie la tocará.

— No os obstineis, porque la tomaré por fuerza, dijo Lally asiendo la muñeca de la joven.

— ¡Vos! No podeis luchar conmigo, soy yo mas fuerte.

Y mientras se decian estas últimas palabras se trababa el combate entre Jael y el criado de Coventry.

Lally buscaba la carta; pero Jael la estrechaba en sus dedos y no podia arrancársela.

Por fin la joven logró soltarse de su adversario, y por medio de una violenta sacudida le envió rodando por el suelo á los aplausos de los que presenciaban la escena.

Libre ya del insolente criado, Jael con las megillas muy encendidas subió al cuarto de Gracia, y mientras

la contaba con animacion lo que acababa de pasar, sus miradas se fijaron en el sobre de la carta...

Inmediatamente se detuvo muda y trémula.

— ¿Qué hay? preguntó Gracia.

— ¡Oh! nada, estoy loca... He creído reconocer una letra que no veremos ya nunca.

Gracia corrió á ella, se apoderó de la carta y á la primera ojeada lanzó un grito.

Rasgado el sobre fué á ver la firma y cayó desfallecida sobre un asiento, estrechando convulsivamente el papel contra su seno, en tanto que Jael se lanzaba hácia la puerta y la cerraba con llave.

— ¡Mi amado Enrique vive!... Lee, Jael, lee, yo no veo... No me ha abandonado... ¡Ah! ¡Dios mio! ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

Apenas Jael hubo leído las primeras líneas con voz trémula, Gracia desgarró su vestido de novia, se arrancó las joyas y las pisoteó, y despues se vió acometida de horribles convulsiones.

Su desesperacion no tenia límites, en razon á que ahora se habian acabado sus dudas.

Enrique no habia cesado de serla fiel y se habia casado con un infame.

Sin embargo, su misma desesperacion la dió fuerzas, y quitando la carta á Jael devoró las siguientes líneas:

« Nueva York, julio 18... »

» Mi amada Gracia :

» Con el mas profundo dolor tomo la pluma para escribiros. Os he dirigido lo menos quince cartas, y en cada una de ellas os suplicaba que me contestáseis al correo de Nueva York. Y no me habeis escrito una sola palabra. Me parece imposible que mis cartas no hayan llegado á Woodbine-villa, pues en ese caso me habrian sido devueltas. De las tres que he enviado á mi madre, dos me han devuelto de Aberystwitk con esta nota: « Ausente y no ha dejado sus señas. »

» Mucho me he atormentado para explicarme vuestro silencio, mucho he pedido á Dios que me ilumine, y por fin he sacado en conclusion que algun malvado ha interpretado mis cartas.

» Os escribí la primera la noche misma de mi salida de Hillsborough, y la segunda de Boston, al cabo de una larga y cruel enfermedad causada principalmente por el pesar de nuestra separacion. Las demás fueron fechadas en los diferentes puntos adonde me llamaron mis negocios. Todas os decian que habia hecho mi fortuna y os anunciaba mi próximo regreso. Hoy ya no tengo valor para hablaros de tales cosas.

» Amada mia, todo lo que pido es que os encuentre en vida. Estoy seguro de que si vivís, me habeis sido fiel.

» Quizás habria valido mas que os amara menos. Dios me ha puesto á prueba en muchas ocasiones; pero me ha dado excelentes amigos. He sido muy ingrato en no escribir al doctor Amboyne y á Jael Dence; pero cuantas veces me acordaba de Inglaterra era para pensar en vos.

» Por este mismo correo escribo al doctor, á M. Bolt, á M. Bayne y á Jael.

» Espero que esto bastará para burlar las maniobras del miserable que ha suprimido mis cartas y que sin duda suprimirá esta.

» No os digo mas, adorada mia; ¿para qué? Probablemente no leeréis estas líneas, y ya sabeis cuánto os amo sin que tenga necesidad de repetíroslo.

» Dentro de cuatro dias salgo para Inglaterra. ¡Dios me sostenga hasta mi llegada!

» No sé si os he dicho que soy rico, pero lo que sí os diré es que soy siempre

» Vuestro desgraciado amante,

» ENRIQUE. »

Gracia leyó todo esto medio sofocada por las lágrimas. Cuando hubo concluido, sus manos dejaron escapar la carta y se quedó inmóvil y con la vista fija como una loca.

Jael, arrodillada delante de ella, la colmaba de caricias y trataba de consolarla.

De repente la joven dijo con voz entrecortada y como si hablara con la pared:

— Id á buscar á mi padrino.

— ¿No deseais ver antes á vuestro padre?

— No tengo padre: busco un apoyo que me sostenga al borde del abismo, un hombre de honor. Que venga M. Raby inmediatamente.

Jael se dirigió á la sala del festin.

La lucha de Jael con Lally y la derrota de este último habian divertido mucho á la parte joven de la asistencia; pero esta alegría no fué de larga duracion.

Lally apareció en la sala pálido y descompuesto, y acercándose á su amo le dijo al oído algunas palabras.

Coventry, que no habia sido testigo de la lucha, y que estaba lejos de sospechar la verdad, se quedó al oír esta revelacion como herido de un rayo.

Uno de los convidados hizo la observacion á su vecino, y en breve todo el mundo notó aquella emocion extraordinaria. Hubo un silencio opresivo. Algunas personas quisieron reanimar la conversacion por pura cortesia; pero no fué posible.

Lally se presentó de nuevo á preguntar si se debia cargar el carruaje.

— Seguramente, dijo Coventry.

Y al punto los criados se pusieron á cargar los cofres que estaban en el vestíbulo.

En aquel momento Jael entró en el comedor y acercándose á M. Raby le dijo:

— La novia desea veros inmediatamente.

Un instante despues se presentó una doncella con un mensaje igual para el doctor.

Nada de extrañar era que la novia quisiera despedirse en particular de sus dos mejores amigos.

Sin embargo, todas aquellas idas y venidas, los extraños rumores que circulaban, y sobre todo el aire consternado de Coventry convencieron á los convidados de que pasaba algo grave.

Ni Raby ni el doctor Amboyne volvieron, y el joven clergyman hizo en alta voz esta observacion bíblica, que el cuarto de la novia se parecia á la caverna del leon: *Vestigia nulla retrorsum.*

La situacion llegó á ser intolerable para Coventry, se levantó pues, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, anunció á los convidados que iba á apresurar los preparativos de su viaje.

— Vuelvo al instante, dijo.

Cuando se encontró con Lally le dirigió algunas palabras, y despues se encaminó lentamente al cuarto de su esposa resuelto á todo.

Entre tanto, hé aquí lo que habia pasado en el cuarto de la novia.

Raby encontró á Gracia inclinada sobre su mesa de tocador, con el cabello suelto y sollozando.

El suelo estaba sembrado de brazaletes, de collares rotos y de fragmentos del velo nupcial.

La carta de Enrique Little estaba abierta sobre la mesa y Jael se la dió á leer sin pronunciar una palabra.

Raby leyó, y aun no habia terminado cuando entró el doctor Amboyne.

La actitud de la joven, el desórden que reinaba en el aposento y la fisonomía del squire sumergido en su lectura, le dieron á conocer inmediatamente lo ocurrido.

Hizo seña á Jael de que vigilara á Gracia.

La experiencia del doctor le hacia temer que la desesperada joven atentase á su vida.

Entonces se acercó á M. Raby y leyó en voz baja la carta que él habia recibido.

Despues se supo que Gracia no habia perdido una sola palabra de esta lectura.

« Mi mejor amigo :

» Perdonadme que no os haya escrito durante tanto tiempo y que no haya pensado sino en la que posee toda mi alma. Perdonadme, pues estoy cruelmente castigado por mi silencio. He escrito quince cartas á mi amada Gracia y no he recibido de ella ninguna respuesta. Tambien hoy la escribo sin esperanza de que mi carta llegue á sus manos. Acabo de saber que la misma noche de mi salida de Hillsborough hubo una terrible explosion en mi fábrica, que la pobre Jael estuvo á punto de perecer y que corrió la noticia de mi muerte porque encontraron algunos restos humanos en el rio en medio de las ruinas de la fábrica. Supongo que las cartas que dejé en la caja de la correspondencia se quemaron.

» Todo esto, amigo mio, me parece efecto de una conspiracion tramada por un solo individuo. La misma mano que puso el brazo muerto en el rio interceptó mis cartas á Gracia; estoy seguro de ello. Así pues, os pido ante todo que veais á mi amada, que la digais que vivo y que la pongais en guardia contra los que la están engañando.

» Sospecho que han sobornado al cartero. Hoy mismo escribo á M. Ransome para que averigüe la verdad. Lo que desearia que averiguárais vos, es si las cartas han podido ser interceptadas en Woodbine-villa, que es el lugar adonde iban dirigidas. Esto parece una acusacion contra M. Garden. Es seguro que M. Garden no me ha mirado nunca con buenos ojos; pero sin embargo, le creo incapaz de semejante infamia.

» En suma, me hago dos preguntas :

» ¿Hay en el mundo un hombre que tenga interés en interceptar mis cartas?

» ¿Existe un hombre que sea capaz de hacerlo?

» Pues bien, la contestacion á estas preguntas es siempre la misma. Tengo un rival que creo capaz de todo. Juzgad vos, amigo mio: le salvé la vida una noche de invierno, cuando habria podido dejarle perecer entre la nieve, y en recompensa me entregó á las Uniones, aunque me dió palabra de guardarme el secreto. Lo sé por Grotait, quien me aseguró que Coventry le habia descubierto el sitio en donde yo trabajaba. Esta falta de fe indica que ese hombre ha podido cometer el crimen que le atribuyo... »

Aquí se interrumpió la lectura por un incidente.

Habia encima de la mesa un puñal pequeño con mango de marfil que parecia un juguete, pero cuya hoja era larga y afilada.

La desgraciada novia, sin levantar la cabeza, habia extendido la mano como para apoderarse del puñal; pero Jael, que lo notó, alejó el arma de manera que Gracia no pudo alcanzarle.

Amboyne la hizo una seña de aprobacion, y M. Raby continuó la lectura.

« Estaré en Hillsborough dentro de pocos dias. Si encuentro á mi amada Gracia feliz y fiel, olvidaré fácilmente todos mis tormentos; pero si algun infame me ha arrebatado su corazon por medio de maniobras desleales, le mataré, aun cuando lo pague con la vida... »

Estas últimas palabras produjeron en Gracia el efecto de una conmoción eléctrica.

Se levantó por un movimiento súbito y exclamó diciendo:

— ¡Enrique mio! ¡Morir como un criminal por un miserable como ese hombre y una necia como yo!... No lo sufriréis, ni yo tampoco...

Un ligero golpe que dieron en la puerta la interrumpió.

— ¿Quién es? preguntó el doctor Amboyne.

Una voz tímida respondió de fuera:

— El novio.

El squire indignado contestó:

— No tenéis nada que hacer aquí.

— Abrid, dijo entonces Gracia.

Jael se adelantó hacia la puerta, aunque no sin vacilar.

— ¿Por qué alejais á mi esposo? repuso la jóven con tono muy afable; quiero verle, quiero hablarle.

(Se continuará.)

## Una expedición á San Miguel del Fay.

(Continuación. — Véase el número 949.)

Así, pues, es preciso saber que todos de comun acuerdo, nos habíamos aplicado un sobrenombre apropiado á la profesión ó inclinación de cada uno, y mas que por el apellido acostumbrábamos á citarnos por el sobrenombre.

Por lo mismo, Moyano se llamaba el magistrado; Pepe Tenorio, el fabulista; Miguel Tenorio, el soldado; Camprodon, el poeta aristocrático; Joaquin Helguero, el poeta de las damas, que con tal nombre es de las damas conocido; Laméyer, el pintor; Llano el marino; Riba, el financiero; Enrique Helguero, el artista; Botella y Belda, el rentista, y por fin el que escribe estas líneas, el cronista.

Dicho esto pasemos adelante. Ya que el lector debe conocer la intimidad del viaje, forzoso es que conozca asimismo parte de lo íntimo de los viajeros.

Decíamos, pues, que levantándose de pronto el financiero, había exclamado:

— Señores, observo que nos hacen falta dos cosas: una copita de buen vino que paladear y una leyenda de buen género que de sobre mesa nos fuera recitada.

— Yo tengo el vino, exclamó al fabulista que pensaba en todo y que, como prudente y buen director, nada había echado en olvido.

— Y yo la leyenda, dije yo, es decir, dijo el cronista.

— Veamos primeramente el vino, exclamó con solemne gravedad el poeta aristocrático.

Entonces por entre la paja de uno de los enormes cestos en que habían venido las ostras, vimos aparecer las seis plateadas y simpáticas cabezas de otras tantas botellas de Champagne.

Aquella vista nos alegró como la luz al que sale de la oscuridad.

Loóse en todos metros la sábia prevision del director fabulista, fué aplaudido unánimemente y se le prometió por todos aplaudir con la misma efusión sus fábulas, siempre que tuvieran igual ó parecido desenlace.

Destapóse ruidosamente una de las botellas y el espumoso licor empezó á verter sus diamantes y topacios en las copas que se agruparon ávidamente á recibirlos.

— ¡Perfecto! exclamó el poeta aristocrático despues de haberle probado y hecho chocar la lengua contra el paladar á guisa de conocedor; ¡ sublime! ¡ tiene un sabor de variedad de metros que encanta!

— Pasemos ahora á la leyenda, gritó el artista: ¿ cómo se titula?

— *Las ligas de las seis doncellas*, contesté.

— ¡Hola! exclamó el poeta aristocrático. ¿ Y de qué color es?

— Roja.

— ¿ Cómo roja? preguntó el soldado.

— Sí, contesté, es la leyenda que ha dado origen al nombre de la torre roja.

— ¿ Esas ruinas que están ahí cerca, sobre una eminencia y que esta tarde nos ha enseñado el conductor? preguntó el magistrado.

— Precisamente.

— ¿ Y la leyenda versa sobre algun hecho pasado allí? me preguntó el poeta de las damas.

— Sobre un hecho pasado allí.

— ¿ En la misma torre roja? insistió.

— En la misma torre roja.

— Pues entonces, señores, gritó levantándose con el vaso en la mano, presento una proposición.

— Veamos la proposición, dijo el rentista, que todavía comia sin embargo de haber concluido todos los demás hacia media hora.

— Soy de parecer que ya que la leyenda versa sobre un punto inmediato, nos sea recitada en el mismo punto. Así tendrá el colorido local.

— ¡ Bravo! gritaron varias voces entusiastas. ¡ Hurra por el poeta de las damas.

— ¡ Cómo! ¿ queréis ir á la torre roja? exclamó el rentista que veía llegado el doloroso instante de levantarse de la mesa. ¡ Pero si es de noche!

— Encenderemos luces.

— ¿ De veras quieren ustedes ir? dijo entonces la voz irónica del servidor Manresa.

— ¡ Y tan de veras!

— ¡ Pues si dista media hora del pueblo!

— Mas que distara seis.

— ¡ Pero si todo son ruinas!

— Mas que fueran escombros.

— Y luego no hay camino para subir.

— Napoleon atravesó los Alpés sin camino, exclamó orgullosamente el poeta de las damas.

El pobre Manresa no comprendió toda la sublimidad de la contestación y se quedó mirando á Helguero. Entonces quiso valerse de su último recurso para disuadirnos de lo que él creía una locura, y dijo, dejando caer graves, acompasadas y una á una sus palabras, cual si tratara de juzgar todo su efecto:

— Es que algunas veces se han visto rondar lobos por las inmediaciones de la torre roja.

— ¡ Obstáculos! Pues ahí vamos nosotros, exclamamos entonces algunos de los mas entusiastas. ¡ Quien nos quiera, que nos siga! añadimos despues parodiando la célebre expresión del monarca francés.

Todos se levantaron.

Manresa, el buen servidor, estaba verdaderamente asustado. No comprendía que por el solo placer de ver un monton de piedras pudieran once honrados ciudadanos arriesgarse á romperse las once respectivas cabezas. Trató por todos los medios posibles de disuadirnos, pero fué machacar en hierro frio. Habíamos hecho formal propósito de visitar la torre roja á la luz de las antorchas y estaba yo decidido á contar mi historia en el sitio mismo en que había acaecido, donde la terrible sencillez de la leyenda habría naturalmente de tomar gigantescas proporciones á los ojos de mis oyentes, rodeada con todo el brillo local de la poesía, y envuelto el narrador y el auditorio con las sombras de la noche disipadas algun tanto por el trémulo resplandor de las teas.

Era una emoción de primer orden la que por consiguiente nos esperaba; era un viaje de artistas lo que nosotros habíamos emprendido, y no era fácil que nos resolviéramos á abandonar la poesía de la peregrinación.

Calamos nuestros hongos, endosamos precipitadamente nuestros gabanes, pasamos á nuestro cuello la boquilla de monte y dos de los nuestros descansaron en sus hombros dos escopetas, por lo que pudieran tener de cierto las últimas graves palabras escapadas á Manresa.

Este había sido enviado en busca de hachas de viento y volvió con quince. Ya se sabe que éramos once: dos jóvenes de la población con Manresa debían servirnos de guías. Encendimos, pues, catorce antorchas, y saliendo de Caldas nos precipitamos entre las espesas y negras sombras que oscurecían el valle.

Ya hemos dicho que el día había estado borrascoso, la noche lo estaba también. El viento agitaba con lúgubres gemidos la oscilante llama de nuestras antorchas, de las cuales se desprendía una brillante cabellera de chispas, las sombras parecían ser cada vez mas densas, y apenas veíamos los objetos á algunos pasos; un cálido vapor embriaba el aire que en prolongadas ráfagas venía á azotar nuestros rostros; cuando nos mirábamos uno á otro, á la luz de la antorcha que cada uno blandía en su mano, estábamos por creernos mas que formas humanas, visiones calenturientas de un sueño de Nodier.

La conversación era animada y viva, y las repetidas carcajadas con que recibíamos á cada momento una excentricidad del poeta aristócrata, un sentimental suspiro del rentista ó una estudiada necesidad del guía Manresa, iban á buscar un eco en los antros profundos de las lejanas montañas, que nos devolvían, pero helada, estridente, sarcástica, y algo mas débil, nuestra resonante carcajada. Entonces un involuntario estremecimiento recorría nuestros cuerpos, y cesábamos por un momento en nuestras risas, sintiendo en el alma haber turbado el pacífico descanso y haber provocado el enojo de las ninfas que moran en el fondo de los lagos y de los faunos que viven en el interior de las cavernas.

De cuando en cuando á alguno de nosotros se le ocurría describir flamígeros círculos con su luminosa antorcha, de la que se desprendía una menudísima y compacta lluvia de chispas que iban á morir entre las matas que orillaban la casi inculta senda que seguíamos. Entonces era cuando sentíamos como tropezaba con nuestros pies y atravesaba el camino, huyendo de aquella inopinada lluvia de fuego, la silvestre rata, la ligera sabandija, el ensoñecido lagarto ó el trepador dragón.

Hacia rato que escalábamos mas bien que seguíamos una cordillera de peñas y puntiagudas rocas en las cuales mal nos permitían afirmarnos la única mano que teníamos libre y las pulidas botas que calzaban nuestros pies. La noche era mas oscura que nunca; nuestras hachas, brillando con siniestro resplandor, aun contribuían á presentarnos mas inminente el peligro; el desnudo y bermejo terreno que pisábamos, tomaba un colorido fantástico; las piedras que nuestros pies desprendían y desgajaban, las sentíamos rodar á profundidades inmensas; el chisporroteo de las antorchas comunicaba algo de diabólico á nuestra ascension, y la charla y las risas habían cesado como por encanto. Todos estábamos atentos á nuestros pasos que seguían el

borde del precipicio; demasiado conocíamos que allí, un descuido, una indiscreción llevaba consigo la pena de muerte.

Con las diferentes evoluciones que á cada instante nos obligaba á hacer la escabrosidad del terreno y con lo diseminados y sueltos que andábamos, cualquiera que hubiese podido vernos desde la llanura, hubiera indudablemente tomado aquella extraña escena por una danza de fuegos fátuos en la montaña.

Llegamos por fin á una especie de plataforma, dejando atrás el abismo: había pasado el peligro. Al reunirnos allí, nos miramos unos á otros á la luz de las antorchas. Todos estábamos pálidos y algunos verdes.

Entonces, de comun acuerdo, aplicamos á los labios nuestras bocinas para celebrar la desaparición del peligro, y dejamos oír el mas salvaje y discordante concierto de que pueda tenerse idea. Cualquiera que nos hubiese oído, no hubiera ya apellidado á aquello una danza de fuegos fátuos, sino una fiesta de demonios en una noche de sábado.

Cuando hubimos desfogado todo nuestro miedo pasado en los vigorosos toques de bocina con que hicimos temblar los montes, volvimos á emprender la marcha hacia el corazón de la montaña y empezamos á trepar por un sendero escarpado, de difídil pendiente y cuya angostura nos obligaba á ir uno tras otro. Era hermoso ver aquella larga hilera de sombreros hongos, cada uno con un penacho de fuego, subir en escala ascendente dirigiéndose á un punto desconocido, pues las sombras que se agrupaban en lo alto de la colina nos ocultaban el objeto á que dirigíamos nuestros pasos.

De vez en cuando desaparecía una antorcha y acompañaba la desaparición un estrepitoso ruido. Era uno de los nuestros que se caía; la voz de ¡ Alto! recorría en seguida la línea, el mas inmediato ayudaba al caído á levantarse, y remediado el accidente volvíamos á emprender la marcha.

De pronto una cosa mas negra y mas opaca que las sombras mismas, se presentó gigantesca y deforme á nuestra vista. Hubiérase dicho un demonio de alas desplegadas que brotaba de entre las sombras.

Era el esqueleto de la torre roja.

Vista á la dudosa claridad de nuestras antorchas, que como lenguas de fuego surgían de entre las tinieblas, y visitada á aquella hora de noche, la vieja ruina tenía un carácter de poesía tanto mas grande á mis ojos, cuanto mas la embellecía la aureola de una poética tradición.

Y es que es una deliciosa peregrinación la que se emprende por jóvenes y entusiastas artistas; encuentran lo bello y lo grande donde ni siquiera lo sospecha el espíritu vulgar; leen en las arrugas de unas ruinas toda una crónica de hazañas como se lee en las arrugas de un rostro todo un pasado de vicisitudes; y hallan un castillo feudal con sus almenas, sus torres, sus murallas, sus fosos y sus puentes levadizos, allí donde los otros en vano buscan otra cosa que un monton de piedras.

Afortunadamente para el poeta viajero, Cataluña es rica en esos montones de piedras.

Sí, Cataluña, la Alemania del Mediodía, tiene fantásticas baladas, curiosas leyendas, sombrías y terribles historias, y cien moriscas atalayas, cien feudales castillejos que con sus nombres raros y misteriosos han engendrado otras tan raras y misteriosas consejas. Aquí están *el castillo negro, el del diablo, el de la muerte, el de la cruz, el de los tres hermanos*; allí *la torre roja, la torre oscura, la de los encantados, la de las brujas, la de los dos amantes, la de las nueve espadas*; mas allá *las ruinas del infierno, las del palacio encantado, las de la casa del ciervo*: las de veinte ilustres y famosos monasterios.

Al hallarnos al pié de la torre roja, nos precipitamos en ella, y nuestra brusca invasión hizo escapar con lúgubres chillidos una nube de murciélagos y otras aves nocturnas.

Bien pronto hubimos recorrido las ruinas. Apenas quedan algunos restos; piedras hacinadas, un lienzo de muralla en que se descubren aun los vestigios de las almenas, y una torre de forma redonda cuyas abiertas ventanas, como ojos sin pupila, miraban aquella especie de nocturna invasión hecha por hombres de traje y siglo desconocido, que recorrían como fantásticos seres su recinto blandiendo por su mano luminosas teas.

La actual altura de esa torre tendrá vara y media y su diámetro será de unas cinco ó seis varas en cuadro. Todo esto tocante al cuerpo principal, pues tiene un segundo cuerpo que se conoce le había rodeado en forma de corredor á distancia de unos ocho palmos.

A ser de día, hubiéramos podido gozar de un hermoso espectáculo, de un pintoresco punto de vista. No solo domina los valles de Caldas y Senmanat, sino que desde allí se divisan el famoso castillo de Montbuy, los que hay por la parte del Monseny, los de Plegamans, Moncada y Puig de la Creu y la mayor parte de las atalayas moriscas de la marina de levante. Es decir, un sitio poético desde el cual se descubre todo un panorama histórico.

Se nos aseguró haberse encontrado en las ruinas de este castillo varias monedas que tienen en el anverso una cabeza cubierta con un turbante y barba y en el reverso un jinete desnudo montado en un caballo sin arreos.

VICTOR BALAGUER.

(Se continuará.)

**Ricord y Demarquay**

El 29 de marzo de 1814 el cañon resonaba en Paris, el Austria y la Prusia destrozaban las puertas de la capital y la sangre corria por todas partes.

En las primeras horas de la mañana se pudo ver un imponente espectáculo en el peristilo del Hotel-Dieu: el decano de la cirugía francesa rodeado de sus discípulos se dirigia al lugar del combate para prodigar sus cuidados á los heridos.

Era Dupuytren.

Los contemporáneos del ilustre práctico le prodigaron abundantemente las recompensas que merecia. Testigos de su ardor en aquella jornada, los jóvenes estudiantes no olvidaron nunca lo que habian visto y exaltaron hasta lo sumo el valor de su ilustre maestro. Acuñaron medallas, no hubo un buen discurso en la Academia sin que se recordara el papel de Dupuytren, á quien el czar envió el gran cordon del Aguila de Rusia por haber atendido á los heridos de todas las naciones, hecho tan extraordinario entonces como la presencia de un cirujano civil en un combate.

Lo que hizo Dupuytren un día en medio de las aclamaciones generales, el jefe actual de la cirugía francesa, el doctor Ricord lo ha estado haciendo durante seis meses, sin cansarse, al frente de las ambulancias de la Prensa. Presidente del comité (1),

(1) Hé aquí la formación del comité: Doctor Ricord, presidente, doctor Demarquay, cirujano mayor de las ambulancias movibles; M. de la Grangería, secretario general,

M. Ricord emprendió á los setenta y un años una obra delegado á la administracion; M. Gouzien, secretario del comité, y Monseñor Bauer, protonotario apostólico, limosnero.

lente compañero que le granjeaba simpatías de todas partes.

— A este amigo le debo lo que soy, dijo Ricord; y eternamente le estaré agradecido de lo que ha hecho por mí.



El doctor Ricord.

de humanidad y de patriotismo que habria hecho retroceder á los jóvenes; ¡bello coronamiento de una existencia tan laboriosa!

No tenemos la idea de escribir aquí la historia del jefe de la escuela quirúrgica francesa; pero sí debemos acompañar con algunas líneas el retrato del eminente maestro, que difícilmente puede dar idea de su expresiva sonrisa, de su mirada profunda, mezcla feliz de los elementos tan contrarios, la seriedad y la alegría, la ciencia y el *esprit*: nadie ha aplicado mejor el precepto del poeta: *utile dulci*.

¿Ricord es francés ó americano? ¿Ha nacido en Burdeos ó en el Canadá? trabajo costaria decirle cuando se le oye hablar la lengua de los yankees y la de Beaumarchais; cuando se le ve sucesivamente tan grave en su profesorado, tan gracioso en su conversacion, siempre joven y siempre experimentado.

A los diez y seis años Ricord con la escopeta al hombro corria por los llanos de la América del Sur, cazando loros, búfalos y antílopes. No pensaba por cierto que llegaria á ser de la Academia de ciencias.

Sin embargo, cuatro años despues estaba en Paris, en los bancos de la escuela, y se distinguia por lo estudioso que era.

No tenia protectores ni relaciones; pero sí un amigo con quien podia contar, un amigo incansable para el trabajo, de buen humor, exce-



SAQUEO DE LAS CERCANIAS DE PARIS. — Un convoy prusiano en Saint-Denis.

Y cuando se quiere saber su nombre añade:

— Con toda franqueza confieso lo que le debo; ese amigo soy yo.

Con efecto, Ricord lo debe todo á sí mismo, y tiene mucha razon para decir que no debe nada á la influencia, nada á los amigos; en vida se halla al abrigo de esas acusaciones que suelen dirigirse á veces con fundamento á muchos de los sabios de nuestra época.

Presidente de la Academia de medicina, Ricord se presenta una vez en casa del ministro de Instruccion pública, acompañado de un colega, y le recomienda un candidato para la Legion de Honor.

— El caso es, responde el ministro, que voy á conceder esa distincion á otro que, á mi modo ver, tiene mas títulos que vuestro protegido.

Ricord no se desanima con tan franca contestacion, é insiste de nuevo sobre los méritos de su compañero.

— Siento, añadió el alto personaje, no poder acceder á vuestros ruegos en favor de vuestro amigo...

— ¡Su amigo! exclama el testigo silencioso hasta entonces de aquella escena; ¡su amigo! ¿sabeis que el hombre que recomienda nuestro presidente es su adversario mas encarnizado, el mas irreconciliable, su detractor científico mas injusto? ¿Sabeis que al obrar así, M. Ricord olvida todos sus odios personales, que son muy vivos en nuestra profesion, para no acordarse mas que de los títulos positivos de un colega que tiene mision de defender aquí oficialmente? Lo que él hace, nadie de nosotros quizás habria tenido la grandeza de alma y el valor de hacerlo.



El doctor Demarquay.

Por toda respuesta el ministro estrechó la mano del doctor con efusion y el protegido fué condecorado. lo que no evitó un ataque al protector. Esto pinta al hombre.

una cabeza enérgica, mucha expresion con mucha candidez, y sobre todo una afabilidad extraordinaria para tratar con los enfermos. Le hemos visto hacer sonreír á un herido durante una

Hace algunos años le llamaron á Inglaterra para una operacion difícil y excita la admiracion de la facultad de Londres por la sencillez de su método, la seguridad de su diagnóstico y la incomparable habilidad de su mano. Le dan un gran banquete, y á postres el célebre Brodie echa un brindis, en el cual le felicita no solo por él sino por su padre, del brillo de su nombre.

— Hace largos años, le dice, que las doctrinas y lecciones de vuestro ilustre padre, han sido admitidas por nosotros como preceptos, nos inclinamos ante su experiencia y no nos sorprende que de tal padre haya nacido tal hijo.

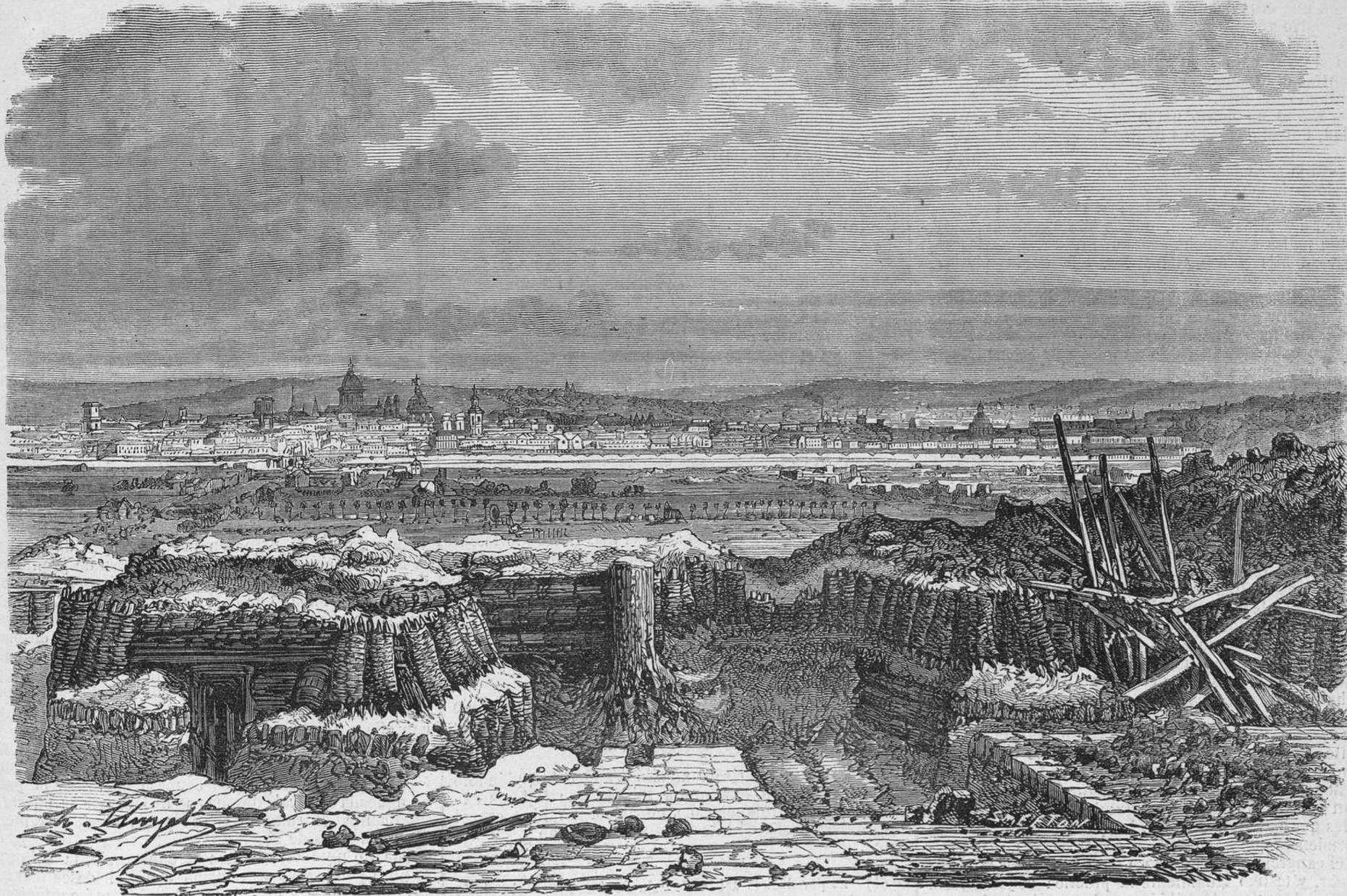
Ricord se levanta para dar gracias.

— Agradezco sinceramente á mi colega los elogios que concede á mi padre, así como la buena opinion que se ha formado de sus lecciones y de sus descubrimientos, siendo tanto mas sensible á esta manifestacion cuanto que soy yo mi propio padre.

Fácil es concebir los aplausos y aclamaciones de la asamblea. Ricord, que tenia ya mas de sesenta años, no representaba ni cuarenta.

Su triunfo en Inglaterra fué muy grande, y debido no menos á su gracia que á su talento.

A su lado aparece su discípulo y amigo M. Demarquay como la personificacion del deber cumplido, de la precision en el trabajo, de la resolucion en los actos de la vida: un tipo bien acentuado,



Una batería prusiana en Chatillon.

operacion dolorosa, gracias á sus agudezas y á sus palabras llenas de consuelos y de esperanzas: una madre no habria podido hacer otro tanto.

M. Demarquay, heredero y sucesor directo de los grandes maestros de la cirugía francesa, ha hecho su educacion solo, lo mismo que Ricord.

Un dia se aburrió en su aldea y vino á Paris á casa de su tío un comerciante en pieles que estaba muy orgulloso porque ganaba mucho dinero.

— ¿Y qué quieres hacer tú, muchacho? Le preguntó su tío: yo te daré un consejo, aprende á ser curtidor y te daré un empleo en mi casa.

— Yo quiero ser médico, contestó el jóven con mucha firmeza.

El tío soltó una carcajada.

— ¿Y qué es lo que sabes ya?

— No sé ni leer ni escribir, pero aprenderé.

Y aprendió, trabajó con ahinco y llegó á ser una de las ilustraciones de la ciencia; la Academia de medicina le abrió sus puertas y ganó mucho mas dinero que su tío el traficante en pieles.

Las Ambulancias de la prensa le han visto siempre en primer término en todas las batallas, cirujano asiduo junto á los mutilados, sencillo, modesto, afable, y que merece ser citado tambien, no obstante sus esfuerzos y su deseo de pasar desapercibido.

D. C.

### Bernabé Rudge,

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion. — Véase el número 949).

— Continúad, dijo el capitán con aire pensativo despues de la prueba.

El secretario leyó entonces en voz alta lo siguiente:

— Marcos Gilbert, de diez y nueve años de edad, aprendiz de Tomás Curzon, guantero, en el Toison de Oro, Aldgate. Ama á la hija de Curzon; no puede decirse si la hija de Curzon le ama, pero hay probabilidades de que sí, porque Curzon le dió un tirón de orejas el martes de la semana pasada.

— ¿Cómo es eso? dijo el capitán estremeciéndose.

— Por haber mirado á su hija, salvo vuestro respeto, dijo el aspirante.

— Escribid: «Curzon denunciado,» dijo el capitán. Haced una cruz delante del nombre de Curzon.

— Salvo vuestro respeto, dijo el aspirante, no es eso lo peor. Me llama perro perezoso, me suprime la cerveza si no trabajo á su gusto, me da queso de Holanda mientras él lo come de Chester, y solo me deja salir un domingo cada mes.

— Eso es un delito patente, dijo Tappertit con gravedad. Poned dos cruces negras en el nombre de Curzon.

— Si la sociedad, dijo el aspirante que era un moceton de mala facha cargado de espaldas, torcido de piernas y ojos hundidos y juntos; si la sociedad quisiera reducir á cenizas su casa, que no está asegurada, ó darle una paliza una noche cuando se retira, ó ayudarme á robar su hija y á casarme con ella en la iglesia de Fleet, quiera que no...

Tappertit agitó su sepulcral baston de mando como para advertir que no le interrumpieran, y mandó poner tres cruces negras delante del nombre de Curzon.

— Lo cual significa, dijo á manera de bondadosa explicacion, venganza completa y terrible. Aprendiz, ¿amais la constitucion?

El aspirante, acordándose de las instrucciones de los padrinos que le asistian, respondió:

— ¡Sí!

— ¿Y la Iglesia, el Estado y todas las cosas establecidas, exceptuando los maestros? dijo el capitán.

— Sí, repitió el aspirante.

Despues de este breve interrogatorio, escuchó el neófito con aire dócil al capitán que en un discurso preparado para circunstancias análogas, le refirió como bajo aquella misma constitucion (que estaba guardada en un arca de hierro, en cierto punto, pero no podia decir en dónde) los aprendices habian tenido de derecho en los tiempos pasados vacaciones frecuentes, y habian roto la cabeza á las gentes por centenares, desafiando á los mismos maestros y hasta perpetrando algunos gloriosos asesinatos en las calles, privilegios que les habian ido arrancando sucesivamente limitando sus nobles aspiraciones. Le explicó además como las trabas degradantes que les habian impuesto debian indudablemente atribuirse al espíritu innovador de la época, y como se habian asociado por consiguiente para oponer resistencia á todo cambio, que no fuera los que restauraran las antiguas leyes y costumbres inglesas bajo las cuales querian vivir ó morir. Despues de poner en claro la prudencia que hay en saber andar hacia atrás, testigos el cangrejo y ese ingenioso pez que llaman langosta de mar, y testigo igualmente la práctica constante del asno y del mulo, describió sus fines principales que

eran, en dos palabras, venganza contra sus tiranos los amos, cuya cruel é insufrible opresion no podia dejar á un aprendiz ni una sombra de duda, y restauracion de sus antiguos derechos incluso las vacaciones; y añadió que en la actualidad no podian llevar á cabo esta doble mision, pues la sociedad no contaba en todo y para todo mas que con una fuerza bruta de veinte hombres, pero que se comprometian á lograr su objeto con el hierro y con el fuego cuando fuera necesario. Despues dió á conocer el juramento que prestaba cada individuo del pequeño resto de una noble corporacion, juramento de un género terrible y asombroso que le obligaba, á una orden de sus jefes, á oponer resistencia y obstáculos al lord corregidor, á despreciar la autoridad de los alguaciles y á considerar como cero el tribunal de los regidores; pero en el caso de que el progreso del tiempo trajera una insurreccion general de los aprendices, bajo ningún pretexto debia maltratarse ni desfigurarse en nada el Temple-Bar (4), el paladion de la constitucion adonde solo es posible acercarse con respeto. Despues de tratar estos diferentes puntos con vehemente elocuencia y de anunciar al neófito que la sociedad habia nacido en su fecundo cerebro, estimulado por un sentimiento de odio contra la injusticia y el ultraje, sentimiento que crecia por grados en su alma, Tappertit le preguntó si se creía con el valor suficiente para prestar el formidable juramento prescrito por los estatutos ó si preferia retirarse arrepentido de su atrevimiento.

El aspirante respondió que prestaria el juramento aunque se abogase al pronunciarlo.

Se celebró por lo tanto la ceremonia del juramento, la cual ofreció circunstancias muy propias para impresionar al alma mas heroica. La iluminacion de los dos cráneos por medio de un cabo de vela dentro de cada uno de ellos y repetidos molinetes ejecutados con el hueso vengador fueron los rasgos mas notables, para no mencionar diversos ejercicios con la alabarda y el sable y algunos lúgubres gemidos que hicieron oír fuera de la sala dos aprendices invisibles. Terminadas estas sombrías y espantosas ceremonias, se arrimó la mesa á la pared al mismo tiempo que los sillones, se guardó bajo llave en su armario el cetro, se abrieron de par en par las puertas de comunicacion entre las tres bodegas, y se entregaron á la diversion los Caballeros aprendices.

Pero Simon Tappertit, que tenia un alma muy superior á aquella vil grey, y que á causa de su grandeza no podia condescender á divertirse mas que de vez en cuando, se reclinó en un banco en la actitud de un hombre abrumado bajo el peso de su dignidad. Así pues, miró las barajas y los dados con mirada tan indiferente como los bolos, y solo pensaba en la hija del herrero y en los dias de torpeza y decadencia en que tenia la desgracia de vivir.

— Mi noble capitán no juega, no canta, no baila, dijo el huésped sentándose á su lado; bebed, pues, bravo general.

Tappertit apuró hasta las heces el cáliz que le presentaban, y hundiéndose las manos en los bolsillos, se paseó con rostro meditabundo y encapotado al través de los bolos, en tanto que sus acólitos, ¡tal es la influencia de un genio superior! detenian el empuje del rápido y fogoso bolo manifestando el respeto mas profundo á sus delgadas pantorrillas.

— Si hubiera nacido corsario ó pirata, bandido, caballero de despoblado ó patriota, porque todo esto se parece, pensó Tappertit meditando en medio de los bolos, en hora buena; pero arrastrar una innoble existencia y permanecer desconocido á la humanidad en general... Paciencia... yo sabré hacerme famoso. Una voz interior me anuncia continuamente mi futura grandeza. Estallará el dia menos pensado, y ¿quién podrá contenerme entonces? Al pensarlo siento que se me sube el alma á la cabeza... ¡Bebamos! ¿En dónde está el nuevo socio? preguntó Tappertit, no precisamente con voz de trueno, porque su garganta á decir verdad solo podia emitir un sonido de triple penetrante, pero sí con una voz muy propia para producir impresion.

— Aquí, noble capitán, dijo Stagg. A mi lado hay uno que me es desconocido.

— Caballero, dijo Tappertit dignándose mirar á la persona indicada, ¿habéis hecho lo que se os ha mandado? ¿Teneis marcada en cera la llave de la puerta de vuestra casa?

El largo compañero se adelantó á responder entre-gándole un pedazo de cera.

— ¡Bien! dijo Tappertit examinándolo con atencion mientras reinaba en torno suyo el mas profundo silencio, porque él habia fabricado llaves secretas para toda la sociedad y debia tal vez una gran parte de su influencia á este pequeño servicio trivial. Los hombres de genio no están al abrigo de estas consideraciones mezquinas. Venid, amigo, tendreis muy pronto la llave.

Al hablar de esta manera, llamó aparte con un ademán al nuevo caballero, y poniéndose el modelo en el bolsillo, le invitó á dar un paseo.

— Segun veo, dijo despues de dar varias vueltas de un extremo á otro de la bodega, ¿amais á la hija de vuestro principal?

— La amo.

— ¿Y teneis un rival? añadió Tappertit cogiéndole por el puño y lanzándole una mirada que hubiera expresado la malevolencia mas mortal si un hipo casual no hubiera desfigurado esta expresion con un gesto prosaico.

(1) Es por decirlo así la Escuela de derecho y el Palacio de justicia reunidos.

— No; al menos lo ignoro, respondió el aprendiz.

— Si tuviérais un rival, ¿qué hariais? preguntó Tappertit, ¿qué hariais?

El aprendiz lanzó una mirada feroz y cerró los puños.

— Basta, dijo vivamente Tappertit. Nos comprendemos. Nos observan... ¡Gracias!

Y al pronunciar estas palabras le indicó con la mano que se alejase.

Llamó entonces al secretario, paseó con él un rato con paso precipitado, y parándose despues de pronto, le mandó que escribiese en el acto y fijase en la pared un aviso proscribiendo á cierto José Willet de Chikell, prohibiendo á los Caballeros aprendices prestarle favor y auxilio y tener relaciones con él, y mandando so pena de excomunion molestar á dicho José, maltratarle, causarle perjuicio, fastidiarle y armarle contiendas donde quiera que le encontrasen.

Habiéndole tranquilizado esta medida enérgica, se dignó acercarse á la alegre mesa, y entusiasmándose por grados, presidió la asamblea y hasta divirtió á sus subordinados con una cancion. Finalmente, su complacencia llegó á tal extremo, que consintió bailar al compás de un violin tocado por un aprendiz aficionado haciendo cabriolas de una manera tan brillante y con una agilidad tan prodigiosa, que los espectadores no sabian cómo expresar su admiracion y entusiasmo. El huésped protestó, llorando de pesar, que nunca habia sentido tanto ser ciego como en aquella ocasion.

Pero el huésped, despues de haberse retirado probablemente para llorar en secreto por su ceguera, volvió al momento para anunciar que antes de una hora amanecería la luz del alba, y que todos los gallos del barrio habian empezado ya á cantar hasta desgañitarse. Al oír esta noticia los caballeros aprendices se levantaron tumultuosamente, y desfilaron uno tras otro dispersándose con el paso mas acelerado hacia sus domicilios respectivos, dejando á su capitán solo detrás de la verja.

— ¡Buenas noches, noble capitán! dijo el ciego mientras tenia la puerta abierta para dejarle pasar.

— ¡Adios, bravo general!... ¡Véte al diablo, imbecil, vanidoso, fanfarron, cabeza hueca, piernas de jilguero!...

Despues de haber pronunciado estas últimas palabras de despedida, mientras escuchaba cómo se alejaba el rumor de los pasos del capitán y cerraba la verja, bajó la escalera, y encendiendo fuego se preparó sin ayuda de nadie á su ocupacion cotidiana, la cual consistia en vender al por menor en la entrada del patio raciones de sopa y carne á penique, y sabrosos puddings hechos con mendrugos y restos de comida que la noche anterior hubieran podido comprarse á ínfimo precio en Fleet-Market. Como es natural, para el despacho de su mercancía contaba principalmente con sus amigos y conocidos, porque el patio era un punto poco frecuentado y parecia que muy poca gente elegia la morada de Stagg como sitio de recreo.

### IX

Los novelistas han disfrutado en todas épocas el derecho de entrar donde se les antoja, de ir y venir por agujeros de cerradura, de montar sobre el viento y de vencer en sus viajes todos los obstáculos de distancia, tiempo y lugar.

¡Una y mil veces sea bendita esta última consideracion, porque nos permite seguir á la desdeñosa Miggs hasta el santuario de su aposento y gozar de su grata compañía durante las terribles vigiliass de la noche!

La señorita Miggs, despues de haber deshecho á su señora, como ella decia, (lo cual significa, despues de haberla ayudado á desnudarse) y de verla bien colocada en su cama en el cuarto de detrás del primer piso, se retiró á su propio aposento cuyo techo era el tejado. A pesar de su declaracion en presencia del herrero, estaba muy desvelada, de modo que, dejando la luz sobre la mesa y descorriendo la cortina de su ventana, contempló con ademan pensativo el vasto cielo nocturno.

Tal vez se preguntaba con asombro qué estrella estaba destinada á servirle de morada cuando hubiera llegado al término de su vida en este mundo; tal vez trataba de averiguar cuál de aquellas esferas brillantes podia ser el globo natal de Tappertit; tal vez se maravillaba de que se dignasen mirar esa pérvida criatura, el hombre, sin sentirse mal, sin ponerse de pronto verde como las lámparas de los farmacéuticos, y tal vez no pensaba en nada, que es lo mas probable. Cualquiera que fuese el objeto de sus reflexiones, permaneció sentada hasta que llamó su atencion, que estaba despierta para todo lo que tenia relacion con el insinuante aprendiz, un rumor en el cuarto inmediato á su propio aposento, en el cuarto de Tappertit, en el cuarto donde dormia y soñaba, donde algunas veces soñaba tal vez con ella.

Era indudable que no soñaba entonces, á no ser que se pasease dormido, porque por intervalos se oía una especie de frote como si se ocupase en rascar la pared blanqueada con cal, despues se oyó crujir su puerta, y finalmente, el rumor de sus pasos llegó claramente hasta los oídos de Miggs.

Cuando notó esta última circunstancia, la solterona se puso pálida y se estremeció como si desconfiase de sus intenciones, y mas de una vez exclamó conteniendo el aliento:

— ¡La Providencia me inspiró sin duda la idea de pasar el cerrojo!

En esto se equivocaba, y sin duda el terror le hacia confundir en idea un cerrojo y su uso, pues aunque es cierto que habia un cerrojo en la puerta, no se cerraba por dentro.

A pesar de todo, como el sentido del oído tenia en Miggs un filo tan agudo como su genio, y era no menos rencoroso y malicioso, este sentido la informó muy pronto de que el paseador nocturno no se detenía en su puerta y parecia tener otro designio muy distinto y sin la menor relacion con su persona. Al hacer este descubrimiento se aterró mas que nunca, é iba á dar rienda suelta á sus gritos de ¡ladrones! ¡asesinos! que hasta entonces habia comprimido, cuando le ocurrió abrir con tiento su puerta y mirar para saber si sus temores tenian algun fundamento sólido y palpable.

Por consiguiente, mirando hacia fuera y alargando el cuello sobre la escalera, vió con grande asombro á Simon Tappertit completamente vestido, que bajaba á hurladillas la escalera con los zapatos en una mano y una luz en la otra. Le siguió con la mirada y bajando tambien algunos escalones para aprovecharse de un ángulo propicio, le vió asomar la cabeza por la puerta del comedor, retirarla con precipitacion, y emprender inmediatamente la retirada hacia la escalera con toda la celeridad posible.

— Aquí hay misterio, dijo Miggs cuando volvió á entrar en su aposento sana y salva, pero sin poder respirar. ¡Cielos! aquí hay misterio.

La perspectiva de sorprender un secreto cualquiera hubiese bastado para tener despierta á Miggs aun cuando hubiera tomado una buena dosis de ópio. Muy pronto volvió á oír los pasos del aprendiz, pero habria oído tambien los de una pluma automática que hubiese bajado de puntillas. Despues salió de su aposento como antes y volvió á ver al furtivo que reiteraba su proyecto de escapatoria. Miró con la mayor precaucion hacia la puerta del comedor, pero Tappertit, en vez de retroceder, entró y desapareció.

Miggs estaba de regreso en su aposento y se habia asomado á la ventana en menos tiempo que necesita un viejo para guiñar el ojo. El aprendiz salió por la puerta de la calle, la cerró con tiento, se aseguró de que quedaba bien cerrada empujándola con la rodilla, y partió con aire de fanfarron, poniéndose un objeto en el bolsillo mientras se alejaba.

Al verlo desaparecer Miggs exclamó primero:

— ¡Bondad divina! despues: ¡Justo cielo! y despues: ¡Señor, amparadme!

Y tomando una luz bajó la escalera, llegó á la tienda y vió una lámpara encendida sobre la fragua y cada cosa como Simon la habia dejado.

— ¡Que me lleven á enterrar sin coche, si ese chiquillo no se ha fabricado una llave! exclamó Miggs. ¡Malvado!

No llegó á esta conclusion sin reflexionar, sin mirar, sin examinar mucho, y le sirvió tambien de mucho su memoria, pues recordó que en diversas ocasiones, habiendo sorprendido de pronto al aprendiz, le habia encontrado ocupado en un trabajo misterioso. Como temo que el dictado de chiquillo dado por Miggs al hombre sobre el cual se habia dignado fijar sus ojos va á asombrar á mis lectores, les haré observar que la solterona consideraba á todos los machos bipedos de menos de treinta años como simples niños de teta, fenómeno bastante comun en las señoras del carácter de Miggs, y que en general se encuentra asociado á estas indómitas y salvajes virtudes.

Miggs deliberó consigo misma durante algunos minutos con la mirada en la puerta de la tienda como si no pudieran separarse de ella sus ojos ni sus pensamientos; pero adoptó una resolucion suprema, y tomando de una silla una hoja de papel, hizo con ella un largo cecurcho. Despues de llenar este instrumento con una cantidad de polvo y carbon menudo de la fragua, se acercó á la puerta, dobló una rodilla, y sopló con destreza en el agujero de la cerradura, introduciendo todo el polvo que podia contener. Cuando lo obstruyó hasta el borde de una manera tan industriosa y hábil, volvió á subir la escalera de puntillas, y al llegar á su aposento, prorumpió en grandes carcajadas.

— Veremos ahora, dijo Miggs frotándose las manos, veremos si os dignais reparar en mí, caballero. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Ahora sí que tendreis que mirar á otra que no sea esa Dorotea con su fea cara de gata remilgada.

Al proferir esta crítica, dirigió una mirada de satisfaccion á su pequeño espejo como una persona que dijera: «Doy gracias á Dios y á mi estrella que no se pue de decir otro tanto de mí.» Y por cierto que era imposible, porque el estilo de belleza de Miggs pertenecia á ese género que el mismo Tappertit habia calificado bien en sus íntimos desahogos con el título de descarnado.

— No me acostaré esta noche, dijo Miggs abrigándose con un pañuelo, colocando dos sillas cerca de la ventana, sentándose en una y descansando los piés en otra; no me acostaré hasta que volvais á casa, caballero. No, no me acostaría, añadió Miggs con resolucion, aunque me ofrecieran cuarenta y cinco guineas.

Y con una expresion de rostro en que se veian mezclados en una especie de ponche fisonómico un gran número de ingredientes, como la maldad, la astucia, la malicia, el rencor y la confianza en el feliz éxito de su paciencia, Miggs se arrellanó para esperar y escuchar, parecida á una hada maléfica que acaba de armar un

lazo en el camino y acecha á un viajero sano y gordo para comérselo de un bocado.

Permaneció allí toda la noche con la mas completa tranquilidad.

Finalmente, al amanecer oyó un rumor de pasos en la calle y no tardó en ver á Tappertit pararse delante de la puerta. Despues pudo descubrir que ensayaba la llave, que soplabá en el agujero que tenia en el extremo, que golpeaba con ella en la pared para hacer caer el polvo, que iba á examinarla á la luz de un reverbero, que introducía pedacitos de madera en la cerradura para limpiarla, que miraba por el ojo de la llave, primero con un ojo y despues con otro, que volvia á ensayar la llave la cual no podia dar vuelta, y lo que es peor, que estaba menos dispuesta á salir que antes, que la torcia con gran fuerza y tirando con mano vigorosa, y que entonces salia tan súbitamente que casi le hacia caer de espaldas, que daba puntapiés en la puerta, que la sacudia, que acababa por darse palmadas en la frente, y que se sentaba en el umbral con ademán desesperado.

Cuando la crisis llegó á su paroxismo, Miggs, afectando el mayor terror y que se asia al marco de la ventana para sostenerse, sacó su cabeza cubierta con el gorro de dormir y preguntó con voz débil:

— ¿Quién es?

— ¡Chist! respondió Tappertit, y retrocediendo algunos pasos en la calle, la exhortó con una pantomima frenética al secreto y al silencio.

— Pero ¿hay ladrones? dijo Miggs.

— ¡No... no... no! gritó Tappertit.

— En tal caso, añadió Miggs con voz mas débil aun, será fuego. ¿En dónde está? Apostaría á que está cerca de este cuarto. De nada me remuerde la conciencia, caballero, y antes prefiero morir que bajar por una escalera de mano. Lo único que deseo, siendo tal el amor que tengo á mi hermana que está casada y vive en la plaza del Leon de oro, número 27, segundo cordon de campanilla, subiendo á mano derecha...

— Miggs, dijo Tappertit, ¿no me conoceis? Simon... Simoncilo...

— ¿En dónde está? exclamó Miggs retorciéndose las manos. ¿Corre algun peligro? ¿Está en medio de las llamas? ¡Cielos! ¡Oh!

— No, estoy aquí, repuso Tappertit golpeándose el pecho. ¿No me veis? ¿Estábais loca, Miggs?

— ¡Cómo!... ¡vos! exclamo Miggs. Si; ¡es él... es él! ¡Bondad divina! ¿qué significa esto? Señora, señora, aquí está...

— ¡No, no... por favor! dijo Tappertit que estaba de puntillas, como si esperara por este medio poder acercarse bastante para cerrar la boca á Miggs. No digais nada. He salido sin permiso, y no sé qué hay en la cerradura. Bajad, venid á abrir la ventana de la tienda para que pueda entrar por ella.

— No me atrevo, Simon, no me atrevo. Ya sabeis cuán escrupulosa soy, y me horroriza el pensar que he de bajar á media noche y cuando la casa está sumida en el sueño y velada por las sombras.

Y Miggs se estremeció, porque parecia coger un constipado tan solo en pensarlo.

— Pero Miggs, dijo Tappertit acercándose al reverbero para que pudiera verle los ojos, querida Miggs...

Miggs exhaló un grito ahogado:

— Querida Miggs, á quien amo tanto y en quien no puedo menos de pensar á todas horas, bajad por mi amor, bajad.

Es imposible describir el uso que hizo de los ojos al pronunciar estas palabras.

— ¡Oh! Simon, dijo Miggs con zalamería, eso es peor, porque sé que si bajo os proparais, y...

— ¿Y qué, adorada Miggs? dijo Tappertit.

— Y tratareis, dijo Miggs con acento cariñoso, de abrazarme ó de cualquier otro horror; sé que lo intentareis.

— Os juro que no, respondió Tappertit sin vacilar. Os juro por mi alma que os respetaré. Va á hacerse de día y pueden sorprenderme. Angélica Miggs, si os dignais bajar y abrirme la ventana de la tienda, os prometo sincera y lealmente que no me propararé.

La enamorada Miggs, cuyo corazon se enterneció, no esperó el juramento, sabiendo sin duda cuán poderosa es la tentacion y temiendo que su resistencia fuera la causa de un perjurio, sino que bajó precipitadamente la escalera y con sus bellas manos levantó la pesada barra de la ventana de la tienda. Despues de haber ayudado al aprendiz á entrar, articuló con voz débil las palabras: «¡Simon se ha salvado!» y cediendo á su naturaleza femenina, perdió inmediatamente el sentido.

— Ya sabia yo que la fascinaria, dijo Simon algo embarazado con aquel incidente inesperado. Yo tengo la culpa, pero ¿qué remedio hay? Si no la hubiera lanzado mi mirada no hubiera bajado. Veamos; sosteneos un momento tan solo, Miggs. ¡Qué resbaladiza es esta mujer! No hay medio de sostenerla con comodidad. Sosteneos un minuto, Miggs.

Pero como Miggs continuaba sorda á sus súplicas, Tappertit la apoyó en la pared, como lo hubiera hecho con un baston ó un paraguas, hasta que dejó bien cerrada la ventana. Entonces volvió á tomarla en sus brazos, y en pequeños intervalos y con gran dificultad, debido á que ella era de elevada estatura y él muy diminuto, y tal vez tambien á causa de la particularidad en su conformacion que habia calificado ya, acabó por subir los tres tramos de la escalera, y volvió á dejarla como un paraguas ó un baston delante de la puerta de su aposento.

— Puede ahora ser tan desdenoso como quiera, dijo

Miggs que volvió en sí tan pronto como se vió sola, pero poseo su secreto y habrá de amarme por fuerza.

X.

En una de estas mañanas tan frecuentes á principios de la primavera, cuando el año, inconstante y voluble en su juventud como todas las demás criaturas de este mundo, está aun indeciso sobre si debe retroceder hasta el invierno ó avanzar hasta el verano, y en su duda, ora se inclina hacia el uno, ora hacia el otro, ora hacia los dos á un tiempo, haciendo la corte al verano y al sol, y rezagándose en el invierno á la sombra; en una palabra, en una de esas mañanas en que el tiempo es en el breve espacio de una hora caliente y frio, húmedo y seco, claro y sombrío, triste y alegre, Juan Willet, que dormia plácidamente cerca del caldero de cobre, se despertó al rumor de los pasos de un caballo, y asomándose á la ventana, vió que se paraba á la puerta del Maypole un viajero de hermosa apariencia.

No era uno de esos jóvenes descarados que pedirian un vaso de cerveza con tanta frescura como si se hiciesen servir una botella de vino; uno de esos mozalbetes destructores de platos que nada respetan, y que penetrarian hasta el mostrador, ese solemne santuario, para dar una palmada en el vientre del respetable Juan, y para preguntar si habia alguna muchacha guapa en la casa ó si ocultaba las criadas, con cien impertinencias por el mismo estilo; un calavera que se quitaría el barro de las botas en los morillos de la chimenea y no se cuidaria de buscar la escupidera; uno de esos jóvenes en fin, que se presentan en las posadas pidiendo costillas de unicornio, pechugas de ave fenix y salsas nunca vistas ni oidas. No, era un caballero sosegado, grave y tranquilo, que aunque habia pasado la primavera de la vida, se mantenía tieso, elegante y ágil como un joven. Bien montado en un soberbio caballo, tenia la graciosa seguridad de un jinete experto, y en cuanto á su traje, aunque exento de la exageracion, que estaba entonces de moda, era bello, adecuado y elegante. Llevaba un sobretodo de un verde mas claro tal vez de lo que debia esperarse de un caballero de su edad, con cuello de terciopelo negro, bolsillos y bocamangas bordadas y de una hechura perfecta, y su camisa era de rica tela, bordada en los puños y en el pecho y de una blancura irreprochable.

Aunque parecia, á juzgar por el barro que habia recogido en el camino, que venia de Lóndres, el caballo estaba tan liso y lustroso como la peluca de su amo. Ni el hombre ni el animal tenian un pelo desarreglado, y exceptuando las manchas de sus botas, aquel caballero con su cara de pascua, sus dientes blancos, su traje elegante y aseado y su completa calma, hubiera podido salir de aquel modo de su tocador para ir á la puerta del Maypole á servir de modelo para un retrato ecuestre.

Ya se figurará el lector que Juan Willet no observaria de una sola mirada todos estos detalles característicos, y que por el contrario, empleó mucho tiempo, los recogió uno á uno, y despues de suposiciones complicadas y graves reflexiones. Seamos francos; si se le hubiera acosado desde un principio con preguntas y órdenes, hubiese necesitado al menos dos ó tres horas para tomar nota de todos los datos que acabamos de exponer: pero dió la feliz casualidad de que el caballero, asombrado del aspecto del vetusto meson, ó de las palomas que lo saludaban en su rápido vuelo, ó del elevado árbol de mayo, en cuyo extremo una veleta, en mal estado hacia quince años, ejecutaba un perpétuo paseo al discordante sonido de su propia música, permaneció montado largo rato mirando en torno suyo en silencio. Hé aquí porque Juan en pié, con la mano en las riendas y mirando con ojos de á palmo al jinete, sin que nada distrajesen el curso de sus pensamientos, habia reunido realmente en su cerebro estos pequeños detalles en el momento en que se le dirigió la primera pregunta.

— ¡Curioso paisaje! dijo el caballero con una voz tan armoniosa como el conjunto de su traje. ¿Sois el posadero?

— Y servidor vuestro, caballero, respondió Juan Willet.

— ¿Me hareis el favor de mandar que cuiden bien de mi caballo, de darme de comer cualquiera cosa con tal que sea pronto, y un cuarto decente? Supongo que no faltarán habitaciones en esta espaciosa casa, dijo el forastero recorriendo nuevamente con la mirada el exterior del edificio.

— Tendreis, caballero, repuso Juan con una prontitud sorprendente, todo lo que querais.

— Es una fortuna que me contente fácilmente, dijo el jinete sonriendo, pues de lo contrario tal vez no saldríais airoso en vuestra promesa.

Y al mismo tiempo desmontó con el auxilio del banco de piedra que habia junto á la puerta.

— ¡Hola! ¡Hugo! gritó el posadero. Perdonad, caballero, si os hago estar de pié en la puerta, pero mi hijo ha ido á Lóndres por ciertos negocios, y como el muchacho me es tan útil me encuentro en un apuro cuando no está en casa. ¡Hugo! Este mozo es un perezoso, un vago, una especie de gitano que se pasa la vida durmiendo al sol en el verano y en la paja en el invierno. ¡Hugo! ¡Que haya de esperar por él un caballero! ¡Hugo! ¡Quisiera que en vez de dormido estuviera muerto, sí, lo quisiera.

— Tal vez no os equivoqueis, dijo el caballero, porque

si estuviera vivo supongo que os hubiera oído ahora.

— Cuando se halla en sus accesos de pereza, duerme tan profundamente, dijo el posadero encendido como la grana, que no se despertaría aunque le arrojáseis balas de cañón en los oídos.

El caballero no hizo ninguna observación sobre este nuevo tratamiento de la hipertrofia del sueño y sobre la receta propuesta para dar á las personas viveza, pero continuó en la puerta de pie y cruzado de brazos. Parecía divertirse en extremo viendo al viejo Juan con las riendas en la mano, vacilando entre una violenta tentación de abandonar el caballo á su destino y una tendencia á introducirlo en la casa y encerrarlo en el comedor mientras se ocupase de su dueño.

— ¡Los diablos se lleven á ese holgazán! ¡Ah! ya viene, gritó Juan que había llegado al cenit de su desesperación. ¿No me oías, tuñante?

El personaje á quien se dirigía no contestó, pero apoyando la mano en la silla, montó de un salto, dirigió el caballo hácia la caballeriza y desapareció en un momento.

— Pues es bastante listo cuando está despierto, dijo el caballero.

— Bastante listo, repuso Juan mirando al sitio donde había visto el caballo, como si no comprendiera aun qué había sido de él. ¡Es mucho muchacho este! Ahí donde te veis, es vivo como el relámpago, es como una gota de espuma de vino de Champaña. Le mirais, está aquí, y casi al mismo tiempo ya ha desaparecido.

Después de haber resumido en esta brusca conclusión el largo relato que quería hacer de toda la vida y del carácter de su criado, Juan Willet, enorgullecido de haber hablado como un oráculo, condujo al caballero por la ancha escalera medio derruida al mejor aposento del Maypole.

Este aposento era bastante espacioso, porque ocupaba todo el fondo de la casa y tenía en las cuatro paredes otras tantas ventanas cuya abertura era tan ancha como muchas de las salas modernas. Quedaban aun en estas ventanas algunos cristales de color que representaban escudos de armas, como para atestiguar con su presencia que el primer propietario había hecho servir á la misma luz para el esplendor de su categoría, mandándole cuando brillaba en su aposento que reflejase las insignias de su



Guardia nacional de centinela en el Louvre. — Dibujo retrospectivo del sitio de Paris.

antigua familia y añadiese nuevo brillo á su orgullo.

Pero esto sucedía en tiempos muy remotos, y en la actualidad cada rayo de luz iba y venía á su antojo, diciendo la verdad sencilla, desnuda y penetrante. Aunque este aposento era el mejor de la posada, tenía el melancólico aspecto de la grandeza caída, y era demasiado vasto para que encerrara comodidades. El roce de ricos tapices flotando en las paredes, y lo que es mas el

tra que en la hora del peligro nada está pronto, y una lección, porque relativamente al uniforme, armamento y servicio, todo en Francia exige reformas. La guerra de 1870 impone al país esa necesidad imperiosa.

En fin, tal cual le vemos, el guardia nacional de centinela en el Louvre es un recuerdo histórico, y como tal le damos en nuestras columnas.

L. C.

roce de los vestidos de la juventud y la selleza, el brillo de los ojos de las mujeres, eclipsando las antorchas y alhajas que llevaban, el sonido de dulces voces, y la música, y el rumor de los pasos de las damas habían llenado de delicias este inmenso salón; pero todo había desaparecido llevándose la animación y la alegría. No había ya allí niños de pecho ni jóvenes educados cerca del seno paternal; el mismo hogar doméstico había llegado á ser mercenario como una cortesana; el que entraba en él podía sentarse, morir ó alejarse sin que nadie se alegrara ó lo llorara, y conservaba tan solo un calor igual y sonrisas estereotipadas para todo el mundo. ¡Dios tenga piedad del hombre cuyo corazón cambia sin cesar en el mundo como un antiguo palacio que se convierte en posada!

No se hacía ningún esfuerzo para amueblar tan glacial soledad, sino que se habían contentado con colocar delante de la ancha chimenea una colonia de sillas y mesas, y estaba flanqueada por un gigantesco biombo adornado de figuras grotescas.

(Se continuará.)

#### Guardia nacional

DE CENTINELA

EN EL LOUVRE.

El dibujante, autor de esta lámina, llama al ciudadano-soldado el guardia que vigila en el Louvre, y su letrero es sin duda una alusión á la historia pasada de la guardia nacional de Paris, durante el sitio.

A nuestros lectores quizás les parecerá que nuestro guardia nacional se presenta en escena con un uniforme algo extraño. Ahora bien, ese uniforme, que representa al voluntario de los primeros días, al ciudadano que acudió á la voz de la patria en peligro, es á la vez una crítica y una lección: una crítica, porque demues-